4255

EL TEATRO.

COLECCION

DE OBRAS DRAMATICAS ESCOGIDAS,

POR

LOS MEJORES AUTORES.

MADRID.

Imprenta que fué de **Operarios**, calle del Factor núm 9.

à cargode D. F. R. del Castillo.

1851.

OBRAS PUBLICADAS.

—

La creacion del mundo, y el Diluvio universal.
¡Es un Angel!
Trabajar por cuenta agena.
La Gloria del Arte.
Juan sin Tierra.
D. Sancho el Brabo.
Para Heridas las de honor, ó el desagravio del Cid.
Mi Mamá.
El 5 de Agosto.
Los Amantes de Chinchon, (Paródia de los Amantes de Teruel.)
El ensayo de una ópera. (Zarzuela.)
Un dómine como hay pocos.
Juan sin Pena.
Las Guerras civiles.
Traidor, inconfeso y Mártir.
La banda de la Condesa.
Nobleza contra Nobleza.
Un amor á la moda.
Hacer cuenta sin la huéspeda.
La Madre de San Fernando.
Los Amantes de Teruel. (Refundida.)
Un Paje y un caballero.
Las flores de D. Juan.
Con razon y sin razon.
Lecciones de amor.
De audaces es la fortuna.
Las apariencias.
Llueven hijos.
Al mejor cazador.
Afectos de ódio y amor.
Los instintos de Alarcon.
D. Bernardo de Cabrera,
Arcanos del Alma. (Primera parte.)
Una falta.
La Verdad en el Espejo.
Negro y Blanco.
Entre bobos anda el juego.
El Fausto.
Si Dios quiere.

EL ESCONDIDO
Y LA TAPADA.

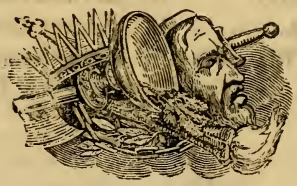
COMEDIA EN TRES ACTOS

DE

DON PEDRO CALDERON DE LA BARCA.

refundida por

DON EDUARDO ASQUERINO.



MADRID.
Imprenta que fué de **Operarios**, à cargo de D. F. R. del Castillo,
calle del Factor, número 9.

1851.

PERSONAS.

D. CESAR. .	D. JULIAN ROMEA.
D. FELIX. .	D. ANTONIO LOZANO.
D. JUAN. . .	D. FLORENCIO ROMEA.
D. DIEGO. .	D. PEDRO LOPEZ.
MOSQUITO. .	D. MARIANO FERNANDEZ.
CASTAÑO. .	D. EUGENIO FERNANDEZ.
OCTAVIO. .	D. PATRICIO SOBRADO.
OTAÑEZ. . .	D. MANUEL SOTO.
ESCRIBANO..	D. FERNANDO GUERRA.
ALGUACILES.	D. JUAN GASPAR.
LISARDA . .	D.ª MATILDE DIEZ.
CELIA. . .	D.ª BARBARA LAMADRID.
BEATRIZ. .	D.ª JOSEFA NORIEGA.
INES. . . .	D.ª FRANCISCA TUTOR.

Esta comedia es propiedad del Sr. Gullon, como dueño de la Galería titulada EL TEATRO.

ACTO PRIMERO.

Sala: puertas laterales y al fondo; una ventana.

ESCENA PRIMERA.

CELIA, INES.

CELIA. Estás enterada, Inés?
INES. Estoy, señora, enterada.
CELIA. Si es de noche una palmada
sonará; si de dia es
con la cara recatada
tocarán quedo á la puerta.
INES. Segura estas que vendrán?
CELIA. Sí.
INES. Descuida, estaré alerta.
Pero, mi majin no acierta
quienes son...
CELIA. Presto tu afan
voy á calmar: hoy espero
á D. César.
INES. Qué me dices?
Y Mosquito su escudero
con él vendrá!

607487

CELIA. Asi lo infiero.
INES. Nuevas hubo!
CELIA. Y muy felices.
INES. Oh, qué dicha! y yo por tí
aun mas que por mí me alegro.
CELIA. Con mi amante frenesí,
anhelo endulzar asi
Inés, su destino negro.
INES. Y aquí seguro le crees?
Y si tu hermano volviera?
CELIA. Sin duda muerte le diera;
mas esto no temo, Inés,
pues él en la guerra fiera
de Italia, glorias de un Cid
conquista; no vendrá, no.
INES. Mas rondas hay en Madrid,
y aunque en noble y franca lid,
al cabo á un hombre mató
D. César.
CELIA. Oh! y para tal
daño, díle yo ocasion!
INES. No estuviera en Portugal
mas seguro?
CELIA. En el portal
gente suena.
INES. Sí, ellos son? (*Desde la ventana.*)
CELIA. Llamaron. (*Llaman.*)
INES. Dos hombres.
CELIA. Ves
su rostro?
INES. Qué? aun no malicias
que ellos son!
CELIA. Vé pronto, Inés. (*Váse Inés.*)
Tal ventura ilusion es!
Albricias, amor albricias!

ESCENA II.

CELIA, D. FELIX, D. JUAN, INES.

FELIX. Celia. (*Desembozándose.*)
JUAN. Guardeos Dios.

CELIA. Mi hermano!
FELIX. No llegas!
CELIA. Mis brazos ten. (*Se abrazan friamente.*)
FELIX. Mas, por qué tiembla tu mano?
CELIA. El gozo! (sino tirano!).
JUAN. La sorpresa...
CELIA. Y llegas bien?
Nada en tus cartas ví yo
que me anuciara tu vuelta.
D. Juan lo sabia?
JUAN. No.
Víle ahora, que se apeó.
FELIX. Fue, hermana, cosa resuelta
tan de pronto mi partida,
que no te pude avisar.
JUAN. Pues ya os dí la bienvenida,
Vóime.
CELIA. Inés, estoy sin vida. (*Ap. á Inés.*)
JUAN. Que vos querreis descansar.
FELIX. Quedaos, D. Juan, un momento.
CELIA. Viene airado! (*Ap.*)
FELIX. Está alterada. (*Ap.*)
CELIA. A aderezar tu aposento
voy.
FELIX. Aun tiemblas?
(*Acompañándola hasta la puerta, cogiéndola la mano.*)
INES. El contento...
Qué traerá? no me habló nada. (*Ap.*)
CELIA. (Vamos, que desfallecer (*Ap. á Inés.*)
me siento.) Que os guarde Dios. (*á D. Juan.*)
JUAN. Es un ángel.
FELIX. Podrá ser.
pero al cabo es...
CELIA. Qué!
FELIX. Mujer.
CELIA. Vuelvo, dispensad los dos.
(*Entrase con Inés.*)

ESCENA III.

D. Felix, D. Juan.

Felix. Dadme de nuevo los brazos
D. Juan.
Juan. Y tambien con ellos
el alma; que estos abrazos
á nuestros antiguos lazos
de amistad ponen los sellos.
Pero quién aquí os creyera
hoy, que sus reinos agranda
nuestro rey, cuya bandera
rendida Namur, se espera
que ondée triunfante en Holanda.
Hoy, que aguardan al valor
los premios...
Felix. Tened el labio.
Que á aclarar dudas de honor
vine.
Juan. Y osó á su esplendor
la sombra de algun agravio!
Felix. Agravio secreto fue,
y hoy mismo le he de aclarar.
Juan. Contad conmigo.
Felix. Si haré.
Mas decid, que nada sé
de vos: pudisteis calmar
al fin el ceño altanero
de Lisarda?
Juan. Sí: y dichoso
con su cariño sincero,
no mas la dispensa espero
para llamarme su esposo.
Antes casado me hubiera
á no suceder la muerte
de su hermano, que en lid fiera...
Felix. Nada supe. (Ay Dios! si él fuera).
Cómo pasó?
Juan. De esta suerte:

Ya sabeis que era esforzado
D. Alfonso, y rondador.
De una dama, enamorado
se sintió, mas desdeñado
vióse; vencer su rigor
se propuso, y en su empeño
do quier su amor la decia;
sin calmar nunca su ceño,
de noche veló su sueño,
siguió sus pasos de dia.
Y aunque desdeñó su queja,
él, con mil bandas y flores
empavesaba su reja,
rondando, incesante abeja,
el panal de sus amores.
Una mañana de abril
al parque bajó la dama;
llegóse á ella, quejas mil
á darla; cuando un gentil
caballero, á quien ella ama,
acercóse, y cortesmente
reprendióle su osadía;
mas D. Alfonso imprudente
sin reparar en la gente
que á la pendencia acudia
sacó el acero atrevido.
D. César, que ese el nombre es
del galan favorecido,
á él fué, y le dejó tendido
de una estocada á sus piés.

FELIX. Mas, la dama!...

JUAN. Se escapó
entre la gente embozada.

FELIX. No se supo el nombre?

JUAN. No.

FELIX. (Si fué Celia!) Y quién vengó
la muerte?

JUAN. Aun no está vengada
que marchóse á Portugal
D. César; mas yo he jurado
su muerte; aunque es un cabal
hidalgo, audaz, liberal...

Pero, su porte enojado
me tiene tambien, por qué
á Lisarda enamoró.

FELIX. Y cómo vengaros?

JUAN. Sé
que hoy llega aqui, nueva fué
que un amigo me escribió.

FELIX. Pues ved, que tambien á mí
el hallarle me interesa.

JUAN. Yo, yá las órdenes dí
de buscarle.

FELIX. (Ella fué, sí!) (*Llamándola desde la puerta.*)
Celia. (En el alma me pesa
esta duda.)

ESCENA IV.

D. FELIX, D. JUAN, CELIA, INES, *á la puerta.*

CELIA. Qué?

FELIX. Al momento
El manto te pon, y ven
conmigo.

CELIA. Qué raro intento!
Inés. Vé que tu aposento
(*Se acerca Inés, saca el manto y se lo pone á Celia.*
está aderezado.

INES. Ten. (*Poniéndola el manto.*)

FELIX. Es que intento descansar
de una vez.

CELIA. No puedes hoy?

FELIX. Aun no.

CELIA. Loco estás?

FELIX. Si estoy.

JUAN. Qué misterio!... (*Ap.*)

FELIX. He de apurar
mis dudas. (*Ap.*)

CELIA. Muriendo voy. (*Ap. vanse.*)

ESCENA V.

INES.

A dónde irán? enojado
vino D. Felix. Si quiera
una palabra me dijo.
No ví desdichas como estas;
pues si D. César viniese.
Mas dos hombres á la acera
llegan de enfrente; serán
ellos?.. Y uno me hace señas,
Mosquito es! que le abra dice.
Y mi alma tambien le abriera.

ESCENA VI.

D. CESAR, MOSQUITO, INES.

INES. Mosquito!
MOSQ. Inés!
CESAR. Dios te guarde.
(*Se desemboza.*)
INES. Y él os guarde á vos D. César.
Como os atrevisteis?
CESAR. Luego
lo sabrás: dónde está Celia?
INES. Ahora salió.
CESAR. No está en casa!
Cómo?..
INES. Ay! en mal hora llegas
señor, que ha poco su hermano
vino.
CESAR. Qué!
INES. Y salió con ella.
MOSQ. Tú te chanceas, Inés.
CESAR. Su hermano!
INES. Ah! Sí!
CESAR. Habrá mas penas!

INES. Llegó con fáz enojada:
ademan frio, las cejas
fruncidas, el labio incierto ,
así... como el que recela,
y sin entrar en su cuarto
ni descansar, que siguiera
sus pasos mandó á su hermana.
Esta venida me inquieta.

CESAR. No fué á la guerra de Italia?

MOSQ. Sí, pero diz que la guerra,
la música y la pintura
no deben verse de cerca.

CESAR. Vamos, que estar no podemos
aquí ni un instante.

MOSQ. Vuelta
á viajar!

CESAR. Y quien pensára
que aquí el hermano volviera,
cuando hace tan pocos dias
que yo en Lisboa, de Celia
recibí una carta que
dice... mas la carta es esta. (*Ve.*)
Si yo bien satisfecha no estuviera
de que vos con justicia hais disculpado
la poca parte que en la causa fiera
tuve de vuestro mal, mi vida fuera
la segunda que hubiérades quitado.
Mi hermano ausente está como sabeis.
A mi casa venid, seguro estais,
que mejor retraimiento no tendreis;
y secreto estareis cual deseais
sino servido así cual mereceis.

INES. No os marcheis, aquí esperad
á que mi señora venga.

CESAR. Y su hermano?

INES. Yo os pondré
en sitio donde no os vea.

CESAR. No, que la espongo...

MOSQ. Señor,
por una noche siquiera!...
A mas, deja que las mulas
descansen, y tú á un lado echa

el embozo por un rato.
Que con las caras cubiertas
nosotros, y ellas tan flacas
parecemos yá sobre ellas
nosotros el carnaval,
y las mulas la cuaresma.

CESAR. Seguro estaré!

INES. Seguro.

CESAR. Partiré apenas la vea.

INES. Yo avisaré cuando asomen
por la calle.

CESAR. Sí, está alerta.
(*Vasé Inés á la ventana.*)

CESAR. Y bien, Mosquito!

MOSQ. Señor!
Habrá locuras como estas?

CESAR. Luego, los dos somos locos?

MOSQ. Concedo la consecuencia,
mas con una distincion.

CESAR. Cuál?

MOSQ. Tú por naturaleza
y yo por con comitancia;
que es por lo que se me pega
de andar contigo.

CESAR. Aquí pues
que hay, qué locura sea?

MOSQ. Sin mirar inconvenientes
dimos á Madrid la vuelta
y dices, qué que locura
hay aquí? No consideras
que no hay alcalde de corte
que no esté echando centellas
por aquella boca.

CESAR. Es cierto
que aquí mi vida se arriesga.

MOSQ. Y la mia.

CESAR. Pero donde
mi vida trae una pena
misma, habiendo de morir
en Lisboa de una ausencia,
ó en Madrid de mis desdichas,
ya que dos muertes me cercan,

y que me dan á escoger
el modo de morir, deja
que muera contento, donde
Lisarda hermosa lo vea.

MOSQ. Qué culpa tengo de que
tú á morir contento vengas,
para traerme de arreata?

CESAR. Pues dime, tú qué recelas,
si tú en nada estás culpado,
ni te hallaste en la pendencia?

MOSQ. Pues si un triunfo matador
arrastra los que se encuentra,
un amo matador, dime,
no arrastrará, cosa es cierta,
cualquiera triunfo criado?

CESAR. No ví locura mas necia!

MOSQ. Y esto á una parte, señor,
qué razon hay de que sea
tan cerrado tu capricho,
que ya que me traes, no sepa
á que me traes; dime, pues,
qué es lo que en Madrid intentas?

CESAR. Eso te diré, no tanto,
Mosquito, porque lo sepas,
como por descansar yo
con decirlo, que las penas
no tienen otro consuelo,
sino el rato que se cuentan,
que como mujeres son,
se despican con la lengua.
Lisarda, raro milagro,
donde la naturaleza
para modelo compuso
de una hermosura perfecta
la belleza, y el ingenio,
haciendo paces en ella,
que hasta alli estaban reñidos,
el ingenio, y la belleza;
fué, ya lo sabes, del templo
de amor la deidad mas bella.
Desvalido amante, pues,
deste hermoso hechizo, desta

hermosa mujer, mi vida
á tanto esplendor atenta,
la clicie fué de sus rayos,
y el iman de sus estrellas;
viendo, pues, que á todo un sol
alas fiaba de cera,
dispuse olvidarla, como,
(qué error!) como si estuviera
el olvidar en la mano
de quien no estuvo el quererla:
y por hacerme, en efecto,
contraveneno á mis penas,
venciendo amor con amor,
puse los ojos en Celia.
Celia, que fuera milagro
de hermosura, si no fuera
porque Lisarda se alzó
con todo el imperio della.
Si donde amé fui infelice,
y los afectos se truecan,
donde no amé qué sería?
saca tu la consecuencia.
De aquella, pues, despreciado,
y favorecido desta,
engañado en esta el gusto
con la memoria de aquella,
neutral estaba mi vida,
cuando en esta competencia
sucedió, que D. Alonso,
hermano infeliz de aquella
bellísima ingratitud,
que no ablandaron mis quejas,
á Celia sirvió. Ya sabes
que le dí muerte sangrienta,
y esta carta me ha obligado
á que hoy á Madrid me venga;
pues no hay retraimiento donde
seguro un hombre estar pueda,
Mosquito, como una casa
particular, y desde ella
podré de noche salir
á las cosas de mi hacienda,

y de mi composicion;
pues no negocia en ausencia
el pariente, ni el amigo
lo que el mismo dueño: fuera
de que si he de hablar verdad,
ni esto, ni aquello me fuerza
tanto, como parecerme,
que podré adorar las rejas
de Lisarda alguna noche,
ya que dispuso mi estrella
que, dando muerte á su hermano,
toda la esperanza pierda
de merecer su hermosura:
pues la que adorada era
cruel conmigo, qué será
ofendida? la que fiera
procedia á los halagos,
qué ha de hacer á las ofensas?
Esto á Madrid me ha traido,
pues para adorar en ella
las paredes de Lisarda,
estaré en casa de Celia.

MOSQ. Siempre fui de parecer,
que, por lo menos, tuviera
dos damas un hombre, porque
de dos la una, como apuesta,
no se puede errar el tiro;
Beatrizilla, é Inés sean
testigos tambien, pues siendo
las dos de Lisarda, y Celia
un algo mas que fregonas,
y algo menos que doncellas,
por si se pierde la una
que la otra no se pierda
las traigo en el corazon
duplicadas como letras:
pero dime, qué papel
me toca en esta comedia
del caballero escondido?

CESAR. Pues no estás culpado, fuera
te quedarás á avisarme
de todo lo que suceda.

MOSQ. Y si mientras se averigua
si lo estoy, ó no me pescan?
INES. Ahí viene un coche. (*Ruido de un coche.*)
CESAR. Y ellos
podrán ser?
MOSQ. Me escondo?
INES. Espera
de paso vá; mas, qué miro?
Qué en los escombros de aquella
casa, tropezando el coche
para vicilante... y buelca!
LISARDA. Tente! (*Dentro.*)
BEATRIZ. Socorro! ay! borracho! (*Id.*)
MOSQ. A mí me llaman ahí fuera.
CESAR. Segun las voces que aquí
pidiendo socorro llegan,
mujeres son: y esa voz
dentro del alma resuena.
Caballero soy, fuerza es
acudir á socorrerlas.
MOSQ. Mas, á tí! quien te socorre
si la justicia te encuentra?
CESAR. Recataréme el semblante,
y allá voy, pese á mi estrella. (*Váse*).
MOSQ. Dios te haga caballero
parante por escelencia,
que harto tiempo has sido andante,
dos damas sacan, y bellas.
Beatricilla es! vive Dios,
la que sacaron primera!
Sin duda está aqui su ama! (*Ap.*)
Abre, Inés mia! Si, es ella (*Ap.*)
socórrelos.
INES. Es muy justo.
MOSQ. Dios la caridad ordena.
INES. Entrar, señoras, podeis.
(*Desde la puerta, que abre.*)

ESCENA VII.

LISARDA, BEATRIZ, INES, CESAR, MOSQUITO, *y* OTAÑEZ.

BEATRIZ. Ay de mí! yo salgo muerta!
roto el manto, la basquiña
rasgada, y en la cabeza
mas de cuatro mil chichones!
OTAÑEZ. Vive Dios!
(*Inés saca agua, y ayuda á colocar en una silla á Lisarda desmayada, que trae D. César.*)
BEATRIZ. Otañez, buena
cuenta has dado de nosotras.
OTAÑEZ. Aquesta es la vez primera
que me ha sucedido.
BEATRIZ. Cierto
que si de esta suerte empieza
que dentro de un año puede
á mi ver, poner escuela
de bolcar coches.
INES. Parece
que toda su vida entera
no hizo otra cosa, segun
el primor con que los vuelca.
BEATRIZ. Gracias, señor... (*A César embozado.*)
CESAR. Aun no vuelve.
BEATRIZ. Somos la desdicha mesma,
pues hoy el dia pasamos
en una campestre fiesta,
y al volvernos, á mi amo
se le desbocó la yegua,
y solas nos dejó, huyendo
como exhalacion ligera!
CESAR. Cuánta es mi dicha!
BEATRIZ. Lisarda...
(*Llamándola y aplicándola una esencia.*)
CESAR. No vuelve!... mas si vinieran
y de esta suerte me hallaran
aqui D. Felix y Celia,

El se matará conmigo,
y ella de zelos muriera!

MOSQ. No me vió aun Beatriz!

BEATRIZ. Mosquito!
Qué es esto?

MOSQ. Es larga respuesta.

BEATRIZ. Y tu señor?

MOSQ. Vedle allí.

BEATRIZ. Pues cómo de esta manera?

MOSQ. Qué sé yo? mas lo que importa
es, Beatriz, atar la lengua.

CESAR. Ya vuelve; si Inés repara...
Oye Inés, ponte á la reja,
y avisa si vienen.

INES. Mucho
hablas, Mosquito, con ella.

MOSQ. Es... caridad.

INES. Pero dicen
que bien entendida empieza
por nosotros. Allí vienen...

CESAR. Qué!

INES. No son.

MOSQ. Yo muero de esta.

CESAR. Bien de océano español
blasonar podrá la esfera,
pues acaba su carrera
despeñado en ella el sol:
cobre en su bello arrebol
el nácar, no triunfe así,
hoy de tan bello rubí,
ay Lisarda, y quién pensára
que yo en mis brazos llegára
á verte? mas ay de mí!
que como estás sin sentido,
estoy sin ventura yo;
pues tú con sentido, no
me lo hubieras consentido,
desdichada dicha ha sido
la que tanto bien me ha dado,
pues ya me cuesta el cuidado
de verte así, que es forzoso

que esté. aun cuando mas dichoso,
desdichado el desdichado.
El cielo y campañas bellas
sin luz están, ni arrebol,
anocheced, si sois sol,
pero dejadnos estrellas.

LISARDA. Ay de mí infeliz!

CESAR. Ya en ellas
hay nueva luz, pues volvió
en sí; mi dicha acabó;
mi desdicha digo, esquiva,
que á precio de que ella viva,
no importa que muera yo.

LISARDA. Qué es lo que pasa por mí?

CESAR. Cielos, pues se ha de ofender
de verme, no me ha de ver.
(*Cúbrese el rostro.*)

LISARDA. Qué es esto? quién está aquí?

CESAR. Quien, viendo, señora, allí,
que su vereda el sol ciego
errada llevaba, luego
llegó á enmendar el acaso,
que no era aquel digno ocaso
de tan esplendente fuego.

LISARDA. Pues cómo habiendo vos sido
quien mi vida ha restaurado,
la voz habeis recatado,
el rostro habeis escondido?
Lo que decís no he creido,
ó son medios poco sabios;
que esconder semblante, y labios,
ni han sido, ni son oficios,
de quien hace beneficios
sino de que quien hace agravios.

CESAR. Quien sirve por merecer,
no merece por servir,
pues ya se da á presumir,
que se lo han de agradecer.

LISARDA. Tan hidalgo proceder
ya es otro mérito, en quien
hace suspension el bien:
decid quien sois.

CESAR. No haré tal.
LISARDA. Y he de proceder yo mal,
porque vos procedais bien?
No, y así he de ver ahora
quien sois.
CESAR. Pues no lo veais,
si agradecer deseais
este secreto, señora.
LISARDA. Duda el alma, el pecho ignora
por qué.
CESAR. Porque, si me veis,
de verme os ofendereis,
y asi, el decirlo dilato,
por no perder este rato
que en duda lo agradeceis.
LISARDA. Ofenderme yo de veros?
CESAR. Como holgarme yo de hablaros.
LISARDA. Pesarme á mí de miraros?
CESAR. Sí, como á mí de perderos.
LISARDA. Yo sentir el conoceros?
CESAR. Como yo el riesgo en que estoy.
LISAR. Pues yo tengo de ver hoy
porque el pesar ha de ser,
el sentir, y el ofender.
CESAR. Porque señora, yo soy. (*Descúbrese.*)
LISARDA. Bien dijisteis, sí, que habia
de ofenderme el veros; bien
que el conoceros tambien
pesar para mí sería;
bien que la ventura mia
habia de sentir hablaros;
pues ya solo por sacaros
verdadero, siento veros,
me pesa de conoceros,
y me ofendo de miraros.
Cómo, cómo habeis tenido
atrevimiento de estar
en tan público lugar?
CESAR. Cuándo no fui yo atrevido?
LISARDA. Cómo hasta aquí habeis venido?
CESAR. Como igualando á los dos,
si por darle muerte (ay Dios!)

á vuestro hermano, me fuí,
bien volví, pues que volví
por daros la vida á vos.

LISARDA. Tanto á sentir he llegado
verla de vos defendida,
que he de aborrecer mi vida,
por habérmela vos dado.

CESAR. Lisonja de mi cuidado
será ver tratar asi
vuestra vida desde aquí,
pues consuelo me parece
que quien su vida aborrece,
por qué ha de quererme á mí?

BEATRIZ. Mi señor, que se alejó
de nosotros veloz, viene
hácia acá.

CESAR. Qué haré?

LISARDA. Conviene (*Ap.*
proceder yo como yo:
D. César, no penseis, no,
que en mí mas poder alcanza
de mi enojo la esperanza,
que la de mi rendimiento,
obre el agradecimiento
primero que la venganza;
yo le tendré, idos de aquí.

CESAR. Sí haré, pues vos lo mandais.

LISARDA. Y si una vida me dais,
ya mi obligacion cumplí;
pero advertid desde aquí,
que no estais libre en lugar
ninguno.

CESAR. Considerar
debeis, que aqueso es decir!

LISARDA. Qué?

CESAR. Qué os busque.

LISARDA. El despedir
cómo puede ser llamar?

CESAR. Piérdese una noche oscura
en un monte un caminante,
y cuando con planta errante
hallar la senda procura,

mas se ofusca en la espesura:
el can, que despierto está,
siente el ruido, y hacer va
que huya dél con piés veloces,
llamándole con las voces
que para que huya, le da.
Yo así confuso, y perdido,
camino, ni senda sé;
bien, que no veo, se vé,
pues á tus piés he venido;
tú despierta siempre al ruido
del desden velando estás,
voces, porque huya, me das;
mas como perdido estoy,
donde oyendo la voz voy,
me voy acercando mas.

LISARDA. Vamos. (*á Beatriz.*)

CESAR. Permitid que vaya
sino á vuestro lado, cerca.

LISARDA. Eso no, adios; gracias mil (*A Inés.*)
por tan cumplidas finezas.

BEATRIZ. Lo mismo os repito.

INES. Dios
la caridad nos ordena.
(*Vánse Lisarda y Beatriz.*)

CESAR. Vuelvo luego.

MOSQ. Adios hermana.

CESAR. Yo haré desde allí esta seña.
(*Da una palmada.*)
Para que abras, por si en tanto
llega con su hermano Celia. (*Vánse.*)

ESCENA VIII.

INES.

Quién esa dama será
que D. César acompaña?
Ya tanto interés me estraña,
y Mosquito por qué irá
tambien? Ya tan escesivos
de ambos los cuidados fueron...

Vive el cielo, que volvieron
por demas caritativos.
Llaman. Mis amos. (*Asómase y sale á abrir.*)

ESCENA IX.

CELIA, FELIX, INES.

FELIX. Inés,
cuidado, que estén cerradas
dia y noche, cuantas rejas
puertas y boardillas haya
en esta casa, y las llaves
entrégame sin tardanza.
(*Entra Inés y saca las llaves.*)
CELIA. A qué efecto?
FELIX. Lo sabrás;
mas primero deja, hermana,
que asegure bien y cierre,
las puertas y las ventanas. (*Váse.*)

ESCENA X.

CELIA, INES.

INES. Oye.
CELIA. Dí.
INES. D. César vino.
CELIA. Dónde está.
INES. Salió.
CELIA. Y aguarda
fuera de aquí?
INES. No.
CELIA. Pues vuelve?
INES. Sí.
CELIA. Cuándo?
INES. Presto.
CELIA. En la estancia
secreta, por qué, dí Inés,
no le ocultaste?
INES. Una dama
desmayóse á nuestra puerta
que su coche volcó.

CELIA. Acaba.
INES. Pidió socorro, entró aquí,
volvió en sí, y fue á acompañarla.
CELIA. Quién era?
INES. No sé.
CELIA. Y dejóme
á mí por la desmayada!
INES. No tal, que en tí solo adora;
es muy caballero y...
CELIA. Calla
que entre zozobras y zelos
está agonizando el alma.
INES. No me dirás donde fuiste?
CELIA. Fui... mi hermano llega, aparta.

ESCENA XI.

CELIA, FELIX, INES.

CELIA. No me dirás, por que apenas
aquí pusiste la planta
á casa de nuestro tio
me llevaste, y en la sala
á solas con él, tuviste
aquella secreta plática?
Que de esto, ni de tu vuelta
del desden con que me hablas,
ni de aquestas prevenciones
que me ofenden y rebajan,
aun la razon no me diste!
por qué, dime, ofensas tantas?
Estraña es tu condicion.
FELIX. Por qué no ha de ser estraña,
si tú para que lo sea,
Celia, me has dado la causa?
CELIA. Yo la causa para que
de la guerra donde estabas,
te hayas venido á Madrid,
á solo hacer en la casa,
donde me mata tu ausencia,
y donde viviendo me hallas,
prevenciones de cerrar

las puertas, y las ventanas,
de modo, que en los tejados
aun no has dejado una guarda
sin reja? Pues á qué efecto,
siendo yo, Felix, tu hermana,
sin mirar que en mi respeto
tu mismo respeto agravias,
tan neciamente me zelas,
tan locamente me guardas?

FELIX. Celia, no puedo negar,
que es necedad asentada
la desconfianza, es cierto,
pero no habiendo ventanas
es menor, pues en efecto,
si no asegura descansa.

CELIA. Buena disculpa has hallado
de haber dado desde Italia
vuelta á Madrid, tan á costa
de tu opinion, y tu fama:
partistete de la corte,
lleno de plumas, y galas,
no te debió de sonar
bien el ruido de las casas
ni oler la pólvora bien,
echando menos el ambar,
y vienes haciendo estremos,
por dar disculpa á tu...

FELIX. Basta,
Celia: salte tú allá fuera
Inés.

INES. Desta vez descansa
su corazon. *(Vase Inés.)*

ESCENA XII.

FELIX *y* CELIA.

FELI . Pues baldonas
mi honor con soberbia tanta,
diré lo que he pretendido

disimular, aunque es baja
accion, que zelos de honor
se pidan tan cara á cara.
En Italia estaba, Celia,
cuando la loca arrogancia
del Francés sobre Valencia
del Pó... pero qué ignorancia,
ponerme contigo á hablar
yo de guerras, ni de armas!
En Italia estaba, digo,
cuando recibí una carta
de alguno, que interesado
en el honor desta casa,
me escribió, Celia, que un dia
de los que el Abril traslada
al parque toda la corte,
tu saliste disfrazada,
y D. Alonso tras tí;
y que habiendo, suerte ingrata!
llegado al parque con él,
sacó otro galan la espada,
y le dió la muerte, siendo
dicha entonces, pena estraña!
no ser conocida, pues
á serlo alli, cosa es clara,
que tu honor en opiniones
con la justicia quedara.
Estas cosas, y otras, Celia,
causa han sido de que haya
vuelto; porque qué me importa
que yo gane honor, y fama,
si tú en mi ausencia los pierdes?
Qué me importa que yo haga
acciones, que generosas
soliciten mi alabanza,
si me las desluces tú
con acciones tan livianas?
No decir pensé mis penas,
callar presumí mis ansias;
pero ya que tú me obligas
á que de los labios salgan,
advierte, Celia, que solo

una diligencia falta,
y es enmendar con las obras
lo que erraron las palabras.

CELIA. Pensarás que convencida
me dejan tus amenazas,
pues no, Felix, porque donde
la proposicion es falsa,
no se sigue el argumento:
Yo he salido al parque al alba?
yo seguida de ninguno?
yo ocasion de cuchilladas?
Quien dices que lo escribió,
te mintió, y yo...

ESCENA XIII.

DICHOS, *y* INES.

INES. Aqui te llama
D. Juan de Silva, tu amigo.

FELIX. Celia, no entienda Inés nada
desto, que no es menester,
que lo que entre los dos pasa,
lo sepan de ningun modo
ni criados, ni criadas;
y retírate á tu cuarto,
porque entre en aquesta sala
D. Juan. *(Váse D. Felix.)*

ESCENA XIV.

INES *y* CELIA.

INES. Refiere, señora,
que una plática tan larga
haya tenido?

CELIA. D. Felix
ha sabido cuanto pasa.

INES. Y lo del tabique?
CELIA. No,
eso solo se le escapa:
por si hablan los dos de mí,
escuchemos lo que hablan. (*Se entran.*)

ESCENA XV.

D. JUAN *y* D. FELIX.

FELIX. Venís D. Juan alterado.
Algun lance os ha ocurrido?
JUAN. Gran dicha hallaros ha sido.
FELIX. De qué venís tan turbado?
JUAN. Ya sabeis, que de Lisarda
amante, y primo, adoré
la hermosura, mientras que
la dispensacion que hoy tarda,
viene á hacerme tan dichoso,
que premiando mi constante
amor, de primo, y amante,
me llega á llamar esposo.
Pues yendo al sol que conquisto
á sacrificar mi vida,
de mi primo al homicida
me pareció que habia visto
cruzar por su puerta; yo
lo quise reconocer;
mas siendo al anochecer,
no fue posible, y por no
errarlo, si no era él,
todo el lugar le seguimos
ese criado, y yo, y vimos
que entraba, pena cruél!
adonde á ver si es, ó no es,
quiero que vamos los dos,
y que entreis delante vos,
porque no se esconda, pues
de vos no se ha de guardar:
esto habeis de hacer por mí,

ya que de vos me valí,
pues es forzoso amparar
un amigo á un caballero,
cuando no lo fuera yo
á cualquiera que...

FELIX. No, no
digais mas; si considero, (*Ap.*)
aunque hoy no es mucho el error,
que si esta la muerte fue
por Celia, así vengaré
con otra causa mi honor:
que ya sé que es recibida
necedad, que sin dudar,
ni saber, ni preguntar,
ofrezca un hombre su vida
á quien le llama; y así,
ahorrad pláticas conmigo,
y guiad, que ya yo os sigo.

JUAN. Menos de vos no creí;
vamos, vereis, vive el cielo,
si el venir mi honor castiga.

FELIX. O á qué de cosas obliga
esta necia ley del duelo! (*Vanse.*)

ESCENA XVI.

CELIA, INES.

CELIA. Ay Inés, esto he escuchado!

INES. De qué me hubiera servido
servir, si no hubiera sido
de saber cuanto han hablado?

CELIA. A César van á buscar,
pena injusta! dura suerte!
para darle los dos muerte:
quien pudiera imaginar,
que yo á D. César llamara
á que en mi casa viviera,
que antes mi hermano viniera,
que él, y él mismo le buscára

para matarle; y asi
satisficiera mi hermano
sus zelos, pues es tan llano
que fué la muerte por mí?

INES. No des por hecho, señora,
lo que para haber de ser,
aun faltan por suceder
mas de mil cosas ahora.
Aunque es cierta su venida,
no lo es que le haya de hallar
luego, y luego le han de dar
por la tetilla la herida?

CELIA. Bien mi temor desconfia,
porque es tirana mi estrella.
(*Suena una palmada.*)

INES. Aguárdate; no es aquella
la seña, que antes solia
D. César hacer?

CELIA. Sí.

INES. Dios
mejora los dias.

CELIA. Pues
métele tú en casa, Inés,
mientras le buscan los dos. (*Váse Inés.*)
Que hoy verá César, es llano,
como mi ingenio le guarda
de su padre, de Lisarda,
de su primo, y de mi hermano.

ESCENA XVII.

DICHAS, D. CESAR *y* MOSQUITO.

CESAR. Hasta llegar á tus brazos,
hermosa Celia, no sé
si tuve vida; y así,
pues que mis ojos te ven,
darme, señora, á besar
suelo en que pisan tus piés.

MOSQ. Y á mí todo el ponlevi
de tus zapatos, Inés.
CELIA. Seas, D. César, bien venido
á aquesta casa, que aunque
no pueda servirte en ella
hoy, como yo imaginé,
por causa de haber venido
mi hermano...
CESAR. La voz detén;
que lo sé todo.
CELIA. Ignorando,
su vuelta, no te avisé,
que no te enviára á llamar,
á no saberlo despues.
CESAR. No estaba en la guerra?
CELIA. Sí,
y lo que le hizo volver
tan presto, fue, haberle escrito
el suceso tuyo.
CESAR. Pues,
segun eso, en mayor riesgo
en tu casa estoy.
CELIA. Por qué?
CESAR. Porque no es posible estar
un punto en ella.
CELIA. Sí es,
que pueden, D. César, mucho,
amor, ingenio y mujer;
amor dije! Si á pesar
de que apenas hoy el pié
en esta casa pusiste,
te fuiste no sé con quien.
CESAR. Fué accion hidalga, soy noble...
CELIA. No te quiero tan cortés.
CESAR. Dudas de mi fé?
CELIA. No dudo;
pero teme el que ama fiel.
Oye D. César, yo tengo
prevenido donde estés,
si no bien acomodado,
seguro, á lo menos, bien.
CESAR. De qué suerte?

CELIA. Desta suerte:
aquesta casa, que vés,
tiene dos cuartos, el bajo,
y el alto, que es este en que
yo vivo, porque en esotro
vive un Milanés, á quien
vienen despachos de Roma.
El dueño por si alquiler
para toda ella encontraba,
hizo esa escalera, que
comunica los dos cuartos,
aunque condenada esté,
por ser los huespédes dos:
la puerta del Milanés,
el dia que por mi carta
á mi casa te llamé,
cerrar hice la escalera
por acá arriba muy bien,
tabicando sobre tabla
una puerta, que no fué
dificil tomar el yeso
sobre tomiza, ó cordel;
de suerte, que no quedó,
ni aun señal en la pared;
mayormente, que la cuadra
donde cae, sirve tambien
de tocador mio, y la tengo
colgada toda, con que
está mas disimulada:
aqui estarás, César, bien
todo el tiempo que mi hermano
dentro de casa no esté;
y en estando en casa, dentro
desta escalera.

MOSQ. Padiez,
que hará lindo San Alejo.

CESAR. Qué dices?

CELIA. Qué hay que temer?

CESAR. Mil inconvenientes, Celia.

CELIA. Dí, cuáles son?

CESAR. Vamos, pues,
salvando dificultades:

es posible no saber
tu hermano, que esa escalera
estaba aquí?

CELIA. Sí, porque
en ausencia suya yo
aqueste cuarto alquilé;
y así, no sabe D. Felix
todos los secretos dél.

CESAR. Yo estimo, Celia, en el alma
el cuidado, y la merced;
mas ya que vino tu hermano
á este tiempo, para qué
hemos de estar con cuidado
tan grande? y así, me iré
contento de haberte visto:
quédate con Dios.

CELIA. Detén
los pasos, César, que no
de aquí has de salir, ni es bien,
que está á gran riesgo tu vida.

CESAR. De qué suerte?

CELIA. Has de saber,
que en la posada que estás
te van á matar.

CESAR. Pues quien,
quisiera saber.

CELIA. D. Felix,
que aquí se lo dijo á él
D. Juan: pero qué, llamaron?

(*Llaman dentro.*)

INES. Sí; y mi señor mismo es.

CELIA. Pues ya no puedes salir,
por fuerza te has de esconder.

INES. El tabique sirva ahora,
ya que no sirva otra vez.

CESAR. Por tu opinion solamente
me escondo ahora; mas despues
que se haya acostado, Celia,
he de salir.

CELIA. Presto vé,
mientras allá abren la puerta,

y en esta escalera, Inés,
encierra á los dos.

MOSQ. A mí
han de encerrarme tambien?

INES. Claro está; y no abras, en tanto
que recogida no esté
la casa, y en lo mas bajo
estad sin ruido.

CESAR. A poder
de la fortuna, mi vida
acabe ya de una vez.

(*Entranse por la puerta secreta.*)

ESCENA XVIII.

CELIA, D. JUAN *y* D. FELIX,

FELIX. Ya estoy en mi casa, idos
D. Juan.

JUAN. Pues de ella os saqué,
y os conocieron á vos,
y á mí no, hasta que quedeis
seguro, no he de dejaros.

CELIA. Pues viene D. Juan con él,
sin duda á buscar á César (*Ap.*)
vienen los dos.

FELIX. Sí ha de ser:
hola? (*Sale un criado.*)

ESCENA XIX.

D. FELIX, D. JUAN *y* CRIADO.

CRIADO. Señor?

FELIX. Esta hacienda
toda en salvo la poned
abajo en el cuarto de ese
caballero Milanés,
en tanto que hablo á mi hermana.

JUAN. Yo el primero á todo iré.

(*Vánse D. Juan y el Criado.*)

ESCENA XX.

CELIA *y* D. FELIX.

CELIA. La casa van despojando,
buscarle, sin duda, es. *(Ap.)*
FELIX. Hermana?
CELIA. Felix, qué traes?
FELIX. Traigo una pena cruel.
CELIA. Los dos han sabido allá, *(Ap.)*
que aqui D. César esté.
FELIX. Llamóme D. Juan de Silva
para que fuera con él
á buscar á su enemigo,
(dijera al mio mas bien) *(Ap.)*
al fin, llegué á la posada,
y al huésped le pregunté,
donde un forastero estaba,
que hoy despues de anochecer
llegó á su casa; y dos mulas
dejóle, y fuese despues;
esperándole estuvimos
largo rato en el dintel
hasta que un hombre llegó
de color, y al parecer
de D. Juan, que yo jamás
le ví, dijo que era él:
embestímosle los dos,
desembarazóse bien;
y al ruido de las espadas
llegó justicia á querer
conocernos, y D. Juan
dió con el uno á sus piés.
Resistímonos, en fin,
hasta que no faltó quien
entre las voces decia:
D. Felix de Acuña es.
Habiéndome conocido,
apelamos á los piés,

á riesgo traigo la vida,
porque es una muerte, y es
en resistencia; y así,
pues ausentarse ha de ser
fuerza, no has de quedar, Celia,
donde me escriban despues
alguna cosa de tí,
que no le está á mi honor bien.
Y así, conmigo al instante
en casa de mi tio vén,
donde quedarás guardada
de su cuidado, porque
no he de ausentarme yo, en tanto
que tú segura no estés.

CELIA. D. Felix.

FELIX. No hay que decirme.

CELIA. Advierte.

FELIX. Aquesto ha de ser;
no hay, Celia, que replicar.

ESCENA XXI.

DICHOS, INES *y* DOS CRIADOS.

INES. En un instante se ve
mudada toda la casa;
qué es lo que intentan hacer?

CRIA. 1.º Baja tu aquese escritorio.

CRIA. 2.º Tira deste brocatel,
que hasta las camas están
ya desarmadas tambien
abajo, y no quede aqui
solo un clavo en la pared.

(*Quitan las colgaduras, y queda debajo una pared con dos puertas á los lados, y en medio una disimulada.*)

FELIX. Celia, vamos, que esto es fuerza;
vente con tu ama, Inés.

CELIA. A quien, cielos, en el mundo
esto pudo suceder? (*Ap.*)

INES. Mas que á los de la escalera
los han de mudar tambien. (*Ap.*)

ESCENA XXII.

DICHOS, *y* D. JUAN.

JUAN. No se quede aqui ninguno,
salid, y cerrad despues. (*Vanse.*)

ESCENA XXIII.

D. CESAR, *y* MOSQUITO, *abriendo la puerta de en medio.*

CESAR. Mas de media noche es ya.
MOSQ. Si se habrá olvidado Inés
de que nos tiene escondidos?
CESAR. Pues ya tan quieta se ve
la casa, abre aquesa puerta,
despega un poco el cancel,
que teniendo colgadura
encima de la pared,
no nos podrán ver, sabremos
que ruido el que han hecho es.
MOSQ. Donde está la colgadura?
CESAR. Llama á Inés.
MOSQ. Inés, ce, ce.
CESAR. Que no te vean, ni oigan.
MOSQ. Quién nos ha de oir, ni ver,
si estamos en el desierto?
Por Dios, que á mi parecer,
alemanes han entrado
en esta casa.
CESAR. Por qué
lo dices?
MOSQ. Porque ha quedado
desbalijada.
CESAR. Que estés
tan loco, que digas eso?
MOSQ. Mas lo estás tú en buena fé,

si dices esotro; sal,
y verás que no hay que ver;
pues para que tú lo veas,
sin dudar si es, ó no es,
solo han dejado una luz
por descuido, ó por merced;
ni una silla, ni un bufete,
ni un cuadro, ni un almirez,
ni un baul, ni un escritorio,
ni un puchero, ni un cordel,
ni un jergon, ni una cortina,
ni una Celia, ni una Inés
nos han dejado.

CESAR. Qué es esto?
que aunque yo el ruido escuché,
los golpes, sin las palabras,
no se daban á entender:
gran novedad habrá sido
la que á esto ha obligado.

MOSQ. Aun bien,
que viviremos mas anchos;
pero pudieran haber
Inés, y Celia dejado
siquiera un pan, dos ó cien.

CESAR. Que estés ahora de gracia!

MOSQ. Esto de desgracia es.

CESAR. Y así, viendo lo que ha sido,
y lo que aquí importa hacer,
es irnos, porque si Felix
ha llegado ya á entender,
que por causa de su hermana
á D. Alonso maté,
y que hoy estoy en Madrid,
quién duda que aquesto es
por vengarse?

MOSQ. Pues por dónde
hemos de salir? no vés
cerradas todas las puertas?

CESAR. Por las ventanas.

MOSQ. Tambien
son todas rejas.

CESAR. Por una

guarda del tejado; ven
conmigo.

MOSQ. Yo ruego á Dios,
que una gatada no dé.

CESAR. Cielos, semejante caso
á quien pudo suceder?

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma sala del primer acto.

ESCENA PRIMERA.

Salen por una de las dos puertas, D. CESAR *y* MOSQUITO.

MOSQ. Esta es la casa; sin duda,
que aquel famoso estremeño
Carrizales fabricó
á medida de sus zelos;
pues no hay puerta, ni ventana,
guarda, patio, ni agujero
por donde salga un mosquito,
dígalo yo.

CESAR. Si el ingenio
quisiera inventar un caso
estraño, pudiera hacerlo
con mayores requisitos
fingidos, que verdaderos
están presentes? habrá
quien crea que es verdad esto?
Venir llamado de Celia,

no tener aviso á tiempo
de que su hermano venia,
hacer con tanto secreto
este tabique, llegar
Felix á Madrid primero
que yo, esconderme por fuerza;
y en estando una vez dentro,
mudarse toda la casa,
dejarme aqui; y en efecto,
no haber por donde salir:
cosas son, viven los cielos,
que han menester mas paciencia
que la mia.

MOSQ. Pues no es eso
lo peor.

CESAR. Pues qué será,
si esto no es?

MOSQ. Que no tenemos
que comer, porque el gigote
que se olvidó en un puchero
á la lumbre, el medio pan
de la alacena, ya dieron
fin: y así, es fuerza rendirnos
por hambre, porque no hay dentro
del sitio para dos horas
municion, ni bastimento.

CESAR. Qué tuviese yo una llave
maestra de casa, al tiempo
que, ausente su hermano entraba
á hablar á Celia, y que luego
se la volviese el dia que
de aqui me ausenté? mas esto
quien lo pudo prevenir
con humano entendimiento?

MOSQ. Ya mal distinta la luz
en los distintos reflejos
se va declarando: en fin,
qué piensas hacer?

CESAR. Un medio
solamente se me ofrece.

MOSQ. Y es, señor?

CESAR. Escucha atento:

En este cuarto de abajo
á Celia oí, que un estranjero,
hombre de negocios, vive;
á este declararme pienso,
que menos importará
que sepa uno mas aquesto
que dejarme matar, pues
no dudo que es el intento
este de haberse mudado
D. Felix.

MOSQ. Y como haremos
para llamarle?

CESAR. Dar golpes
por la escalera.

MOSQ. Yo apuesto
que piensan, que andan ladrones
al primer golpe que demos,
y que nos matan á palos
antes de oirnos.

CESAR. No creo
que hay otra cosa que hacer;
voy á llamar: mas qué es esto?

(*Al ir á llamar él, llaman de adentro.*)

MOSQ. El estranjero de abajo,
que llama antes que llamenos
nosotros; mas cuánto va
que nos mudaron á un tiempo,
y estando una vez cerrado,
ha pensado allá lo mesmo? (*Llaman.*)

CESAR. Esto es llamar á la puerta.

MOSQ. Quién es?

CESAR. Tente; qué haces, necio!

MOSQ. Responder á quien nos llama,
que la llave no tenemos,
que vaya por ella.

CESAR. Espera,
que responder no es acierto.

MOSQ. Déjame solo llegar
á ver por el agujero
de la llave quien es.

CESAR. Mira.

MOSQ. Buena hacienda habemos hecho:
ay! señores!
CESAR. Qué hay, Mosquito?
MOSQ. La justicia por lo menos
es quien llama.
CESAR. La justicia?
MOSQ. Sí, señor.
CESAR. Por Dios que es cierto:
quien presumiera, que asi
se vengara un caballero?
MOSQ. Celia, señor, te ha vendido.
(*Golpe con martillo.*)
CESAR. Vive Dios, que aun no lo creo
de Celia.
MOSQ. Yo sí; ya escampa.
CESAR. No es descerrajar aquesto!
MOSQ. Sí; ya conozco los golpes,
que estos son los golpes mesmos,
que al empezar las comedias,
se dan en los aposentos.
CESAR. Qué hemos de hacer?
MOSQ. Confesarnos
es el mas útil remedio.
CESAR. Por si acaso es otra cosa
lo mejor es escondernos,
y no sea lo de anoche,
oir el ruido, y no el suceso.
(*Entranse en la escalera.*)

ESCENA II.

OCTAVIO, ALGUACILES *y gente.*

OCTAVIO. Para qué es romper la puerta?
que pues yo las llaves tengo,
yo abriré; y ya que lo está,
díganme sobre qué es esto
vuesas mercedes, que yo,
á los golpes que he oido, vengo
desde ese cuarto en que vivo.

ALGUA. Buscamos un caballero,
D. Felix de Acuña es
su nombre, por haber muerto
anoche un hombre en mi calle.

OCTAVIO. Aqui importa el fingimiento: (*Ap.*)
D. Felix de Acuña?

ALGUA. Sí.

OCTAVIO. Pues ya há mas de mes y medio
que no vive en esta casa,
y que yo las llaves tengo
del cuarto, para alquilarle,
con poderes de su dueño,
cuyo paradero ignoro.

ALGUA. Tarde venimos.

ESCR. Debemos
poner esta diligencia
por escrito.

ESCENA III.

DICHOS *y* OTAÑEZ.

OTAÑEZ. Aqui D. Diego,
mi señor, viene á saber
que hay de aquel despacho.

OCTAVIO. Necio,
que estoy ahora, no veis,
con estos señores? luego
bajaré, que en mi escritorio
me espere. (*Vase Otañez.*)

ESCENA IV.

DICHOS *menos* OTAÑEZ.

ALGUA. Aqui no tenemos
que hacer; vuesarced se quede
con Dios.

ESCR. Si hubiéramos hecho
anoche la diligencia,
quizás no se hubiera puesto
en salvo.

ALG. 2.º Nadie nos dijo,
aunque se anduvo inquiriendo
anoche, adonde vivia.

(*Vanse los Alguaciles.*)

ESCENA V.

OCTAVIO, D. DIEGO *y* OTAÑEZ.

DIEGO. Señor Octavio, viniendo
tan de mañana á saber
si habia venido en el pliego,
que anoche llegó de Italia,
la dispensacion que espero,
para casar á mi hija
con su primo, que deseo
salir ya deste cuidado;
y esperando, por saberlo
allá abajo, vi bajar
justicia: y así, me atrevo
á subir acá, por ver
si en algo serviros puedo.

OCTAVIO. En cuanto á vuestros despachos
muy bien las albricias puedo
pediros, que ya han venido.

DIEGO. Mil años os guarde el cielo.

OCTAVIO. En esto de la justicia,
es, que un noble caballero
aseguró su persona,
y su hacienda, que él atento
á su honor, dejar no quiso
sola á su hermana, y diciendo
estaba, que no vivian
ya aqui.

DIEGO. Ay de mí! lo que siento
el traer á la memoria,

á vista deste suceso,
mis penas! siempre son muchas,
cada instante que me acuerdo
de la muerte de mi hijo,
y que el que le mató, huyendo
tambien se libró de mí,
que yo le hiciera...

OCTAVIO. En efecto,
nunca de él habeis sabido?

DIEGO. Hásele tragado el centro
de la tierra; mas dejadme,
y no hablemos mas en esto.

OCTAVIO. Yo hablo, porque hablabais vos,
vamos: mas qué tan atento
mirais en aqueste cuarto?

DIEGO. En que he venido á hacer, pienso,
de un camino, como dicen,
dos mandados; porque habiendo
la dispensacion venido,
he de traer desde luego
á mi sobrina á mi casa;
y la que yo ahora tengo
no es capaz demas, que há un mes
que ando buscándola, y creo
que este cuarto, por el barrio,
y vecindad, será bueno.

OCTAVIO. Yo me holgaré que os agrade,
por lo mucho que intereso.

DIEGO. Qué mas vivienda, que aquesta,
tiene?

OCTAVIO. No sé; que os prometo,
que aunque dias há que vivo
aqui, es hoy el primero
que en él he entrado.

(*Entran por una puerta, y salen par la otra.*)

DIEGO. En verdad
que me agrada, sí por cierto;
mayormente por tener
estos dos cuartos diversos,
pues en este, hasta casarse,
estará D. Juan, y luego
yo estaré, dejando esotro,

que es el mayor, para ellos:
qué gana este cuarto?

OCTAVIO. Gana
dos mil reales.

OTAÑEZ. Es gran precio,
que están baratas las casas.

DIEGO. Decidme quien es el dueño,
porque lo vaya con él
á concertar.

OCTAVIO. Para eso
haced cuenta que yo soy,
pues de un amigo es, que á un pleito
está en Granada, y poder
para sus negocios tengo;
y así, conmigo no mas
se ha de tratar.

DIEGO. Segun eso
ya queda el cuarto por mio,
porque yo con vos no tengo
de regatear; y así, haced
porque vengan al momento
á colgarle, que las llaves
se den.

OCTAVIO. Si ha de ser tan presto,
mejor es que os las lleveis,
porque hoy una holgura tengo
en el campo, y en mi casa
no queda nadie; bajemos
donde la dispensacion
os dé, y las llaves.

DIEGO. Contento
voy del cuarto.

OCTAVIO. No creereis
cuanto en que lo esteis me huelgo.

DIEGO. Tendreis un criado en mí,
y en Lisarda un ángel bello
por vuestra, que es muy hermosa.
(*Vanse cerrando.*)

ESCENA IV.

D. Cesar *y* Mosquito.

Cesar. Háslo entendido?
Mosq. Algo de ello.
Cesar. Habrá mas, y mas acasos?
habrá mas, y mas sucesos,
que eslabonen mis desdichas,
que logren mis sentimientos?
Un hombre mató D. Felix.
Mosq. Alquilar un hombre un cuarto
con ropa, y servicio, vemos
en la corte cada dia;
pero el alquiler mas nuevo,
es alquilar uno un cuarto
con amo, y criado dentro.
Mas bien, que en estos acasos
de pesar, hay de consuelo
otros.
Cesar. Cuáles son?
Mosq. No haber
Octavio visto antes desto
está escalera, y estar
desta casa ausente el dueño,
pues si él viniera á alquilarla,
su escalera echára menos,
y fuera fuerza el hallarnos
escalerados D. Diego.
Cesar. En fin, para haber de ser
un tan estraño suceso,
no hay inconveniente alguno,
segun todo se ha dispuesto:
pero no se ha de rendir
hoy el valor de mi pecho
á fáciles imposibles.
(*Saca la daga, para abrir la puerta.*)
Mosq. Qué haces?
Cesar. Desclavar pretendo

con esta daga la puerta,
y salir de aqui primero
que mi enemigo me cierre
hoy el paso, aunque sea al riesgo
de que en la primera calle
me prendan, que ya no quiero
vida, casada Lisarda,
con D. Juan no quiero (ay cielos!)
esperar á ser testigo
yo del daño que me ha muerto.

MOSQ. Dices bien, señor, salgamos
de aquí, aunque descerrajemos
la puerta.

CESAR. No he de esperar
mas desdichas. Mas qué veo!
por la parte de allá fuera
abren.

MOSQ. Pues al retraimiento.

CESAR. Por si es D. Diego, es forzoso.

MOSQ. Mucho nos quiere D. Diego,
pues que nos guarda con llave.

CESAR. Qué viniese á tan mal tiempo!

MOSQ. Segun todo se hace apriesa,
que sea el adre, pienso.

(*Escóndense los dos.*)

ESCENA VII.

LISARDA, BEATRIZ *y* OTOÑEZ.

LISARDA. Aquesta es la casa?

OTOÑEZ. Sí.

BEATRIZ. Santiguome, y entro á vella
con el pié derecho en ella;
malo es abrirse hácia aqui
la puerta, y los escalones
toman la vuelta al revés,
bien, ó mal; una, dos, tres,
y las vigas no son nones:
Otañez, vuelva á señor,

y diga, que si no ha dado
el dinero adelantado
desta casa, será error,
si al dueño no se le obliga
á mudar la puerta, es llano,
la escalera hácia esta mano,
y añadir aqui una viga.

OTAÑEZ. Mala mano te dé Dios,
y mala viga tambien;
mas esto del mal, y el bien,
esto de la una, y las dos,
el pié derecho por guia,
mirar puertas, y escalones,
son por tu vida lecciones
de la dueña de tu tia?

BEATRIZ. Claro está; qué pensais vos?
como eso, cuando acá estaba,
cada dia me enseñaba,
porque era un alma de Dios.

LISARDA. Notable priesa ha tenido
mi padre, pues ha querido
mudarse sin dilacion,
y que venga la primera
yo á ver la casa, y mandar
como se ha de aderezar.

OTAÑEZ. Tal huésped en ella espera.

BEATRIZ. Muy cuerdo mi señor anda
en que tu vengas ahora,
pues no agrada á una señora,
sino solo lo que manda;
que si yo hubiera empezado
á poner algo, sospecho
que de cuanto hubiera hecho,
nada te hubiera agradado.

LISARDA. Dime, Beatriz, no estuvimos
ayer aquí?

BEATRIZ. Yo tal creo.

LISARDA. Ya en vano pagar deseo
el favor que recibimos.
Buena la casa parece.

OTAÑEZ. En este cuarto ha de estar
D. Juan, hasta efectuar

las dichas que amor ofrece.

BEATRIZ. Acudid, Otañez, vos
á ver apear la ropa
del carro.

OTAÑEZ. Si en esto topa,
ya acuden: válgame Dios!

LISARDA. No me traigan nada aqui,
pues esta pieza ha de ser
tocador, no es menester
colgarla.

BEATRIZ. Guárdate allí
del polvo.

LISARDA. O qué tristre estoy!

BEATRIZ. Hoy que pedirte quisiera
albricias, de esa manera
suspiras?

LISARDA. Sí, porque hoy
mirando mis penas voy.

BEATRIZ. Quién, señora, las causó?

LISARDA. Oye; D. Juan.

ESCENA VIII.

DICHOS *y* D. JUAN.

JUAN. Felíz yo,
que á tan buen tiempo llegué,
que en tus labios escuché
mi nombre.

LISARDA. Y no pudo, no,
ser dicha, ó desdicha, sí,
el acordarme de vos?

JUAN. No, que siempre es dicha.

LISARDA. Ay Dios!

JUAN. Que tú te acuerdes de mí:
pues aunque haya sido aqui
en daño mio, sospecho,
que en el alma, satisfecho
estoy, que el reloj veloz
obedece con la voz
al artificio del pecho.

LISARDA. Sí; pero ninguno ignora,
que con otro tal indicio
muestra un hora el artificio,
y da la voz otra hora.

JUAN. Pues por qué, prima, y señora,
hoy tanto rigor?

LISARDA. No sé,
que á vos os lo callaré
por el autoridad mia,
yo á Beatriz se lo decia,
y á Beatriz se lo diré.
Beatriz, mi primo D. Juan,
sin duda alguna, ha creido,
que el entrar á ser marido,
es salir de ser galan:
poco cuidado le dan
finezas, poco cuidado
festejos; pues olvidado
está ya, de que se infiere,
que no quiere el que no quiere
un poco desconfiado.
Ayer al campo salí,
y á D. Juan en él no hallé,
en la calle peligré,
y de otro amparada fuí:
y si á aquel agradecí
la fineza de mi vida,
á este, que de mí se olvida,
castigarle puedo, pues
no es con este cruel, quien es
con aquel agradecida.
Vine á casa, como viste,
y D. Juan no pareció
en toda la noche: yo,
que ya sé que esto consiste
en este festejo, triste,
no zelosa, estoy, por ver
que D. Juan, antes de ser
mi esposo, verme dilata,
y que desde ahora me trata
ya como propia mujer.

JUAN. Si supieras la razon,

tú me disculpáras yá;
buenos testigos, quizá,
aquestas paredes son;
digan ellas la ocasion,
digan ellas.

LISARDA. Para qué,
si yo con Beatriz hablé,
me respondeis?

JUAN. Culpa es mia;
yo á Beatriz se lo decia,
y á Beatriz se lo diré.
Bajando anoche á encontrar
á mi prima, ví al que dió
muerte á D. Alfonso, y yo
con ánimo de vengar
mi pena, le fuí á buscar,
llevando en mi compañía
á Felix, el que vivia
en esta casa, llegamos
donde á César esperamos,
basta que la rabia mia
me hizo embestir á otro hombre
por él: la ronda llegó,
conocernos pretendió;
y uno quedó, no te asombre,
muerto, cuando oimos el nombre
de D. Felix repetido,
y viéndose conocido,
fuerza el ausentarse fué:
esta es la causa, porque
de honrado y de agradecido
yo, no le pude dejar,
hasta que en salvo estuviese
él y su casa, é hiciese
diligencias de alcanzar
si de mí llegaba á hablar
la justicia; se ha sabido
que yo no fuí conocido;
con lo cual me he asegurado,
que mal pudo otro cuidado
tenerme á mí divertido.

BEATRIZ. Pues yo, que he sido la oidora

en sala de competencia,
fallo por la mi sentencia,
que pues el uno á otro adora,
os deis por buenos ahora.

JUAN. Yo obedezco; y si hay disculpa,
cese el rigor que me culpa.

LISARDA. Yo creo que así será,
que para nada me está
bien, que vos tengais mas culpa.

JUAN. Ya que estás desenojada,
de la caida de ayer
la sangría...

LISARDA. Eso es querer
volver á verme enojada. (*Váse.*)

JUAN. Será para una criada:
Castaño, dale á guardar
aqueso á Beatriz. (*Váse.*)

ESCENA IX.

BEATRIZ *y* CASTAÑO.

BEATRIZ. El dar,
tanto el ánimo recrea,
que aunque para mí no sea,
lo tomaré, por tomar.
Y pues tan revuelta está
la casa toda, en aqueste
aposento, que ha de sér,
ó tocador, ó retrete
de mi señora, poniendo
vé, Castaño, sutilmente,
no sé qué, que á mi ama traes.

CASTAÑO. Son mas de mil no sé que es;
espera, irélos trayendo,
que aquí unos mozos los tienen.

BEATRIZ. Para ponerlos mejor,
pongamos aquí un bufete.

(Sacan un bufete, y desde la puerta van tomando azafates cubiertos.)

CASTAÑO. Estos son de Portugal
dulces.

BEATRIZ. Dí dulces dos veces,
pues dos veces lo serán
por dulces y portugueses.
CASTAÑO. Chocolate de Guajaca
esto, y estos que aquí vienen,
tocados, cintas, y medias,
guantes, pastillas, pebetes,
faldriquetas, zapatillas,
y bolsos estos.
BEATRIZ. Bien huelen.
CASTAÑO. Toda esta salsa, Beatriz,
han menester las mujeres,
para que no huelan mal,
y mas las propias.
BEATRIZ. Tú mientes.
CASTAÑO. Esto es cuanto á esto, que aquí
vienen joyas escelentes
en este contador, que hoy
es contador de mercedes.
BEATRIZ. Bien está; pero aquí falta
una alhaja.
CASTAÑO. Qué es?
BEATRIZ. Atiende:
Un cierto vestido mio,
que destas bodas alegres
de ribete se me dá.
CASTAÑO. Forzoso era que lo fuese,
porque ya, Beatriz, dí, cuál
vestido no es de ribete?
mas no le quise traer,
que hay un grande inconveniente.
BEATRIZ. Dí, cuál?
CASTAÑO. A mí me han parlado,
que de un berganton ausente,
que por colada, y tizona
era Mosquito dos veces,
fuiste, sin ser la violada,
Violante de Navarrete,
de sus botones ojal,
y de sus cintas ojete.
Háme dado pesadumbre
el caso, y no me parece

que será puesto en razon
que de Castaño se cuente,
que con él te vistes, y con
otro te desnudas.

BEATRIZ. Tente:
pues dasme el vestido tú?

CASTAÑO. No; pero basta el traerle,
que es como dar por tablilla
á la bola que está enfrente.

BEATRIZ. Aun siendo eso, no hay razon,
que Mosquito solamente
fué en hacer faltas con él,
pelota de mi trinquete.
Y si vá á decir verdad,
tú solamente me debes
mas lágrimas en un hora
que Mosquito en treinta meses,
que de lástima le quise
solo por ser buen pobrete,
mientras hallaba otra cosa.

CASTAÑO. Tanto cuanto me enterneces:
este es, Beatriz, el vestido,
hecho, y derecho, y aqueste
el manto.

BEATRIZ. Y este un abrazo.

CASTAÑO. En fin, solo á mí me quieres?

BEATRIZ. No está en uso querer solo
á nadie, basta quererte;
y pues con tu amo hoy
en casa vives, advierte,
que si hay dares, y tomares,
habrá dimes, y diretes,
y á Dios por ahora, que es bien
que aqueste aposento cierre
con llave, porque ninguno
aquí no salga, ni entre.

CASTAÑO. A Dios. (*Váse.*)

BEATRIZ. Quédese el vestido
con lo demás: quién sirviese
un ama que fuera novia,
cada mes una, ú dos veces! (*Váse.*)

ESCENA X.

CESAR *y* MOSQUITO *á la puerta.*

MOSQ. Vive Dios, que he de salir.
CESAR. Dónde has de salir? detente.
MOSQ. Si hemos oido cerrar
la puerta deste retrete,
y que han dejado en él dulces,
cómo podrás detenerme,
cuando, aunque fueran amargos,
me supieran lindamente?
CESAR. No hagas ruido.
(*Saca la mano y arroja el un azafate, al tomar otro, y derriba el bufete.*
MOSQ. Cómo no,
si no me deja el bufete
abrir la trampa? ya alcanzo
un azafate: oh si fuese
el de los dulces! los guantes
son, el demonio los lleve:
á echar vuelvo la redada.
CESAR. Qué has hecho?
MOSQ. Ruido.
CESAR. Tú quieres
destruirme?
MOSQ. Comer quiero,
como tú.
CESAR. Daréte muerte;
que es veneno para mí
todo lo que está presente.
MOSQ. Morir de veneno, ó hambre,
muere á lo mas conveniente.
CESAR. Harásme que todo junto,
lo arroje, lo rompa, y queme
con el fuego de mi pecho;
ó que lo inunde, y anegue
con el llanto de mis ojos.
MOSQ. Si tanto fuego tuvieses,

y si tanta agua llorases,
que hacer pudiéramos este
chocolate! O Jesus mio!

CESAR. Qué darse quejas oyese
D. Juan, y Lisarda, cielos,
ella con dulces desdenes,
él con amantes finezas,
y yo escucharlo pudiese!

MOSQ. Pues si á eso vá, yo tambien
he escuchado claramente
pisar al Frison Castaño,
y á la Beatricilla en este
pesebre de amor; empero,
digan lo que se dijeren,
que de lástima me quiso,
sea buen pobrete, ó riquete,
y coma yo lo que él trae,
que otro despique no tienen
zelos, sino valer algo,
porque sabe lindamente
lo que otro compra.

CESAR. En efecto,
ya aquí lo mas conveniente
es dejar anochecer,
ó despechado, ó valiente
determinarme á salir.

MOSQ. Si tú en la calle tuvieses
prevenidos para todo
tus amigos, y parientes,
fuera seguro el empeño.

CESAR. Tú, Mosquito, que no eres
conocido, bien pudieras,
pues hoy anda tanta gente
revuelta en aquesta casa,
á salir de aquí atreverte.

MOSQ. Por salir á beber algo,
no habrá cosa que no intente.

CESAR. Tú has de salir, y avisar
desto á quien yo te dijere.

MOSQ. Yo si hiciera; pero temo.

CESAR. Tú, aunque te vean, qué temes?

MOSQ. Ser tan Rey, que en la capilla

me diga misa un bonete;
pero algo he de hacer por tí;
y una cosa se me ofrece
para salir encubierto,
que no puedan conocerme.
El vestido de Beatriz
me disfrazará; á ponerle
ayuda.

CESAR. La puerta abren.

MOSQ. Ya, aunque al demonio le pese
hay que comer, y vestir,
venga ahora lo que viniere.

(Entránse los dos en la escalera.)

ESCENA XI.

BEATRIZ *y* LISARDA, *á la puerta.*

BEATRIZ. Digo que en toda mi vida
no he visto tan escelentes
y aliñados azafates.

LISARDA. Verélos, porque no piense
Don Juan, que no los estimo;
pero qué estrago es aqueste?

BEATRIZ. Esto ya es hecho, porque es
paso de la Dama Duende,
y no he de pasar por él.

LISARDA. Quién entró, que desta suerte
lo ha puesto, Beatriz?

BEATRIZ. Ninguno
pudo entrar, porque yo siempre
tuve la llave conmigo.

LISARDA. Pues siendo eso así, tú tienes
la culpa, que lo dejaste
de modo, que se cayese.

BEATRIZ. Cómo pudo?

LISARDA. Quién querias
que para esto solo abriese?

BEATRIZ. Quien no abrió para esto solo:
hay mas desdichada suerte,
señores!

LISARDA. Pues qué mas falta?
BEATRIZ. Mi vestido, y sin ponerle.
LISARDA. Qué vestido?
BEATRIZ. El que me dió (*Llorando.*)
D. Juan.

ESCENA XII.

DICHOS, D. DIEGO *y* OTAÑEZ.

DIEGO. Qué ruido es aqueste?
BEATRIZ. Y el manto tambien.
LISARDA. Aquí
puso Beatriz todo este
regalo, que envió D. Juan,
y le hallamos desta suerte,
y falta un vestido suyo.
BEATRIZ. Ay señor, y sin ponerle.
OTAÑEZ. Sí pero no sin quitarle:
si una viga mas tuviese
esta casa, no faltára,
Beatriz, tu vestido.
DIEGO. Siempre
en las mudanzas de casas
aquestas cosas suceden.
Id cogiendo todo eso,
y trata de recojerte
en tu cuarto, porque el tiempo
que aquí D. Juan estuviere
sin desposarse, ha de ser
el que menos ha de verte.
LISARDA. Tanto obedecerte estimo,
que porque á verme no entre
de noche en mi cuarto, quiero
estar recogida; vénme
á desnudar, Beatriz.
BEATRIZ. Quien
me ha desnudado á mí, puede,
que sabrá mejor, que yo.
LISARDA. No llores, que fácilmente

se remediará; aunque he dicho
que tengo de recogerme,
no lo he de hacer, hasta ver
á qué hora D. Juan viene:
trae luz, Beatriz.

BEATRIZ. Ay señores,
mi vestido, y sin ponerle;
notable descuido ha sido! (*Vánse las dos.*)

ESCENA XII.

DIEGO *y* OTAÑEZ.

OTAÑEZ. Ha estado aquí tanta gente
hoy, que no es mucho que falte
aun mas que esto.

DIEGO. Otañez, tiene
prevenido ya su cuarto
D. Juan?

OTAÑEZ. Y curiosamente
aderezado.

DIEGO. Id á ver
si en él falta algo, y ponedle
luces, porque ya la noche
cerrando baja. Oh qué alegre
dia fuera para mí, (*Váse Otañez*)
si mi hijo viera este!
Oh si me viera vengado
del traidor que le dió muerte!
mas no quiso mi fortuna
tantas dichas concederme,
que llegase.

ESCENA XIII.

DICHO *y* CELIA *con manto.*

CELIA. Caballero,
si al amparar las mujeres,
heredada obligacion

es de todos los que tienen
noble sangre, pues con ella
nacieron á ser corteses,
amparad una mujer,
ya que la trajo su suerte
á vuestros piés, que no en vano
esta dicha he de deberle.
Un hombre, que de mi honor
le hicieron dueño las leyes
de la sangre, hácia aqui airado
siguiéndome, ay de mí! viene,
y está en que no me conozca
el honor suyo, y mi muerte;
haced, por quien sois, señor,
que hasta aqui, ay cielos! no entre;
porque yo, sino...

DIEG. Callad,
no digais mas, que no deben
escuchar los caballeros
mas razon á las mujeres,
para ampararlas, que verlas
afligidas; á tenerle
saldré, y aun á desvelarle
las sospechas que trajere;
y á no poder con razones,
podré con la espada, que este
pecho volcan es, que ostenta
dentro fuego, y fuera nieve.
Aqui esperad; mas de aqui
no habeis de pasar, que en este
cuarto una hija mia vive,
y no quiero yo que llegue
á saber, que hoy en el mundo
aquestas cosas suceden. (*Vase.*)

CELIA. Bien hasta aqui ha sucedido
este atrevimiento; déme
fortuna amor, si es que amor
fortuna para sí tiene.
Acercaréme al tabique
de la escalera.

ESCENA XIV.

CELIA, D. CESAR *y* MOSQUITO *vestido de Mujer.*

CESAR. Ahora puedes
salir mejor, porque siendo
ahora cuando anochece,
antes que se enciendan luces
podrá ser salir sin verte,
que yo, hasta que eche de ver
que estás fuera, por si vuelves,
no me quitaré de aqui,
á todo trance valiente.
MOSQ. Dios vaya conmigo, amen.
CESAR. La seña, Mosquito, advierte,
que ha de ser, cuando en la calle
estés con armas, y gente
disparar una pistola,
porque á mi noticia llegue,
para que yo salga.
MOSQ. Salga
yo ahora, que es lo que conviene.
CELIA. Un bulto se va acercando
á mí.
MOSQ. Un bulto hácia mi viene.
CELIA. No podré llamar á Cesar,
en tanto que no se fuere.
(*Cambian de lugares Celia y Mosquito.*)
MOSQ. El no me ha visto, pues no
me habla nada.
CELIA. O si se fuese!
MOSQ. O si encontrase la puerta!

ESCENA XV.

DICHOS *y* D. DIEGO *acercándose á Mosquito.*

DIEGO. Señora, seguramente
podeis salir, que en la calle

no hay un hombre que os espere.

MOSQ. Es grande merced que me hacen.

DIEGO. Este portal, el de enfrente,
y todos estan seguros.

MOSQ. Lindamente me parece:
si hay ángeles entrecanos, (*Ap.*)
el de mi guarda es aqueste.

DIEGO. Venid conmigo, que yo
hasta donde vos quisiereis
iré con vos.

MOSQ. Que me place:
si esto ahora me sucede (*Ap.*)
por un vestido inhumano,
que á media pierna me viene,
yo juro de no traer
otro traje eternamente.
Bien hayan los tres Poetas,
que piadosos, y corteses
sacaron á luz los pri-
vilegios de las mujeres.

DIEGO. Pobre señora afligida,
aun á hablarme no se atreve. (*Vanse.*)

ESCENA XVI.

CELIA *y* D. CESAR.

CELIA. Ya se van los que allí hablaban;
razon no pude entenderles:
ahora por la noticia
desta casa, en pasos breves
llegaré hasta la escalera: (*Llega.*)
Cesar, señor.

CESAR. Por qué vuelves,
Mosquito?

CELIA. No soy quien juzgas,
D. Cesar.

CESAR. No? pues quién eres?

CELIA. Detente, no te alborotes,
Celia soy.

CESAR. Celia?

CELIA. Sí, que este
estremo de amor, no mas
que Celia supiera hacerle.
Dejéte anoche y mandé
á Inés, para que te diese
aquella llave maestra,
con que tú salir pudieses
de aqui, donde á tus desdichas
les fuera mas conveniente:
halló la justicia aqui,
volvió despues, dura suerte!
y halló alquilada la casa
á tu enemigo en tan breve
tiempo; mas cuando desdichas
gastaron mas tiempo que este!
No se atrevió á entrar en ella;
yo viéndote en tan urgente
peligro, aunque en casa estoy
de quien guardada me tiene,
della he salido, no importa
el cómo, basta que puede
mi ingenio haber hecho, que
el mismo D. Diego fuese
quien me trajese hasta aqui,
y á esta causa detenerme
no puedo; la llave es esta,
con ella, cuando pudieres,
saldrás: y á Dios, César, que
si donde me dejó, vuelve
D. Diego, y no me halla alli,
podrá ser que algo sospeche.

CESAR. Oye, escucha.

CELIA. No es posible,
y mas ahora, que viene
con luz; cierra tú esa puerta,
porque á ti no puedan verte,
que á mí no importa, supuesto
que aqui D. Diego me tiene;
pues el llegar hasta aqui,
disculpará fácilmente
mi mismo temor.

CESAR. Ay Celia,
mucho mi vida te debe:
amor, déjame pagar
obligaciones tan fuertes. (*Cierra.*)

ESCENA XVII.

OTAÑEZ, D. JUAN *y* D. DIEGO, *salen con luz.*

DIEGO. No quiso, en fin, la mujer,
que acompañándola fuese
mas, que á esa primera calle.
JUAN. Estrañas cosas suceden!
CELIA. No llego á hablar á D. Diego,
hasta que solo se quede.
DIEGO. Llevad esa luz al cuarto
de D. Juan, ya que merece
mi casa desde este dia
tan noble, y honrado huésped.
JUAN. La dicha, señor, es mia.
DIEGO. Que yo he de quedarme en este. (*Vase.*)

ESCENA XVIII.

CELIA *y* D. JUAN.

CELIA. Pues cómo sin acordarse
D. Diego de que me tiene
aqui, en su cuarto se ha entrado?
Sin duda, volviendo á verme
adónde me dejó, y viendo
que faltaba, le parece
que me fuí, sin esperarle.
JUAN. Hoy tengo de recojerme
temprano, porque Lisarda
no se enoje.
CELIA. Si ha de verme
D. Juan, mejor es contarle

lo que ha pasado, no lleguen
á echarme menos en casa,
que es ya muy tarde.

ESCENA XIX.

DICHOS, *y* CASTAÑO.

CAST. Aqui viene
un caballero á buscarte.
JUAN. A estas horas? Dile que entre.
CAST. Entrad.

ESCENA XX.

DICHOS, *y* D. FELIX.

FELIX. A solas me importa
hablaros.
CELIA. Mi hermano es este.
JUAN. Salios los dos, y dejad
la luz sobre ese bufete.
(*Vánse Otañez, y Castaño.*)

ESCENA XXI.

CELIA, D. FELIX *y* D. JUAN.

CELIA. En estraño aprieto estoy;
ni á salir puedo atreverme,
ni estar aqui; aqui me escondo,
hasta que se vaya Felix.
JUAN. Ya estais solo; qué traeis?
hablad.
FELIX. Sí haré, si pudiere.
JUAN. Apasionado venis;

mejor estareis en este
cuarto, entrad donde os senteis.

CELIA. Ay de mí, si llega á verme!

FELIX. No he venido tan despacio;
escuchad, yo seré breve.
D. Juan, si sois mi amigo,
y si de que lo soy vuestro, es testigo
aquesta casa, donde (voz no tengo),
vos me buscasteis, y á buscaros vengo,
que en un dia no mas estan trocados
en los dos con la casa los cuidados:
oidme, aunque parezca villanía,
venir tan puntual la pena mia
á cobrar una deuda, á que obligado
estais.

JUAN. A todo estoy determinado:
decidme, qué mandais?

FELIX. Una fineza
digna de ese valor, y esa nobleza.

JUAN. Decid, pues, qué quereis?

FELIX. Que si habeis hecho
mas diligencias, como yo sospecho,
de saber de D. César, homicida,
que á vuestro primo le quitó la vida;
si habeis rastreado, ay cielos! ó sabido
donde en todo Madrid está escondido,
pues le habeis de buscar determinado.

JUAN. Qué?

FELIX. Que habeis de llevarme á vuestro lado.

JUAN. Eso, Felix, yo habia
de pedíroslo á vos.

FELIX. La pena mia
esto os ruega, porque, desdicha fuerte!
me importa mas que á vos darle la muerte.

JUAN. Pues qué os ha sucedido
con él de anoche acá, que os ha movido
á salir solo á esto?

FELIX. Yo os dijera
la causa, si la causa lo sufriera;
que pronuncian de un noble, ay Dios! los labios
ó mal ó tarde, ó nunca los agravios.

FELIX. Yo tengo duda, ay Dios! como lo diga,

una aleve, una fiera, una enemiga,
una injusta tirana,
una, qué sirven frases? una hermana:
Esta, pues, causa fiera
de que yo desde Italia me viniera,
en Madrid me ha tenido,
hermano, con cuidado de marido:
mal haya parentesco tan injusto,
que es tan todo al pesar, tan nada al gusto;
en fin, anoche á Celia, ya lo visteis,
llevé á una casa, vos testigo fuisteis,
pues hoy della ha faltado, ay enemiga!
diciendo que iba á ver á cierta amiga,
y volviendo por ella,
no estaba de visita ya con ella.
La amiga, pues, turbada
dijo, que de su casa muy tapada
salió, porque la dijo ser su intento
el irme á ver á mí al retraimiento,
y que importaba mucho sola fuese,
porque al verla, de mí nadie supiese.
Direis que esta desdicha en qué ha tocado
á César? pues dél nace su cuidado:
cuando en la guerra yo de paz gozaba,
el dueño de la casa en que hoy estaba,
me escribió que la muerte,
que á vuestro primo dió César, ó fuerte
dolor! por ella fue, y yo, si he inferido
que habiendo ayer, ay Dios! César venido,
y hoy mi hermana faltado,
no le dé aquella causa este cuidado:
y así, pues á vos hoy en esto alcanza
un enojo venganza,
y en mí mi desagravio,
cuerdo solicitad, é inquirid sabio
donde está, deudos tiene, amigos tiene,
y buscarle entre todos nos conviene;
que yo desesperado,
ya que tan claramente aqui os he hablado,
me voy huyendo, porque en tanto abismo
aun yo tengo vergüenza de mí mismo. (*Vase.*)

JUAN. Esperad, que no tengo de dejaros

ir solo, y es preciso acompañaros;
cerrad, hola, esta puerta,
y hasta que vuelva yo, á nadie esté abierta.
(*Vase.*)

ESCENA XXII.

CELIA.

Habrá, cielos, mas desdichas?
habrá, cielos, mas temores,
que en mi agravio se conjuren,
que en mi daño se convoquen?
qué he de hacer aquí?

ESCENA XXIII.

LISARDA, *y* BEATRIZ, *salen medio vestidas.*

LISARDA. Qué dices,
Beatriz?
BEATRIZ. Digo lo que oyes.
LISARDA. D. Juan ha vuelto á salir
de casa á la media noche?
BEATRIZ. Sí, señora.
CELIA. Mas qué dudo!
estas ciegas confusiones
sino: mas ay de mí!
LISARDA. Aguarda. (*Repara en Celia.*)
BEATRIZ. Pues qué hay, que así te alborote?
LISARDA. Quién eres?
CELIA. Una mujer.
LISARDA. A quien buscas aquí?
CELIA. A un hombre.
LISARDA. Descúbrete.
CELIA. No haré.
BEATRIZ. Esta (*Da voces.*)
es sin duda.

LISARDA. No dés voces.
BEATRIZ. La que me hurtó mi vestido.
LISARDA. Huyendo de mí se esconde.
BEATRIZ. No entres allá, sin llamar
gente.
LISARDA. Qué poco conoces
de zelos! toma esa luz,
donde hay zelos, no hay temores.
(*Entranse las dos trás Celia.*)

ESCENA XXIV.

D. CESAR.

Ya que tan quieta la casa,
ruido ninguno se oye,
saldré, pues que tengo llave
con que abrir, para ir adonde
repare el daño de Celia,
qué escuché! ahora estais torpes,
pues? mirad, que las desdichas
tienen pasos de ladrones.
La puerta hallé ya; á Dios, pues,
infelices confusiones
de un desdichado: ay Lisarda,
goza feliz tus amores,
sin verlo yo.

ESCENA XXV.

DICHO, D. JUAN.

JUAN. Quién va allá?
CESAR. Ay de mí!
JUAN. Quién es?
CESAR. Un hombre.
JUAN. Qué hombre en esta casa?
CESAR. Uno,

que si el mundo se le opone,
ha de salir, sin que nadie
le conozca, ni lo estorbe.

JUAN. Sí hiciera, á no ser yo quien
á estorbarlo se dispone.

ESCENA XXVI.

DICHOS, CELIA, *y* LISARDA, *tras ella.*

LISARDA. Tengo de verte la cara.
CELIA. No harás, aunque á eso te arrojes.
LISARDA. } Como has de estorbarlo?
JUAN. }
CESAR. } Así.
CELIA. }

(*Mata Celia la luz, y sacan D. César, y D. Juan la espada, y riñen.*)

BEATRIZ. *(Dentro.)* Ruido de espadas se oye.
CESAR. Alborotada la casa
está, vuelvo á entrarme donde
no me vean.
LISARDA. Hola, luces.
CELIA. El mismo secreto logre,
escondiéndome en él.
JUAN. No
te siguen mis piés veloces,
por no dejar esta puerta.
LISARDA. Porque la puerta no tomes,
della no me he de apartar.
JUAN. Traed luces.
LISARDA. Nadie me oye?
CESAR. Quién va?
CELIA. César?
CESAR. Entra Celia,
y en la escalera te esconde.
LISARDA. Aqui, Beatriz!
JUAN. Luces, luces!

ESCENA XXVII.

DICHOS, BEATRIZ, *y* OTOÑEZ, *por distintas puertas con luces.*

LISARDA. }
JUAN. } Cielos!
JUAN. Marchóse!
LISARDA. Dónde la tapada ocultas?
JUAN. Dónde al embozado escondes?
Yo una tapada, traidora!
LISARDA. Yo aleve! ocultar á un hombre!
JUAN. Yo le encontraré!
LISARDA. De poco
han de servir tus traiciones,
que yo he de hallarla! Beatriz,
por aquese lado corre
que hemos de verla!...
JUAN. Castaño!
de esa puerta me responde
que he de matarle!
BEATRIZ. Serán
ladrones!
LISARDA. Sí, sí! ladrones
de mi amor!
JUAN. Y de mi honra!
Ay! qué mujeres!!
LISARDA. Ay! qué hombres!!
(*Vánse por distintos lados Beatriz delante, y Otoñez queda con la luz en una mano, y la espada en otra guardando la puerta.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

CESAR *sale de la escalera y saca á* CELIA *desmayada.*

CESAR. Apenas, sin reparar
mis desdichas en la ociosa
murmuracion del que diga,
que no está bien á la honra
de Celia haberse ocultado,
iré pasando por todas
estas calumnias injustas,
atento á su vida sola.
Desmayada, ó muerta, en fin,
ha estado apenas una hora;
y aunque rendida ya al susto
de que á su hermano le oiga,
que la ha de dar muerte; ya
á la pasion rigurosa
de verse en agena casa,
donde sus peligros nota;
y á mirar que medio pueden
darme mis ansias dudosas.
Llamar á quien con piedad
la vida á Celia socorra,

no es posible; pues dejarla
morir sin remedio, y sola,
será crueldad: si de cuantos
oyeren despues mi historia,
alguno ha de haber, que diga,
que tuve que hacer, no esconda
su ingenio, sino anticipe
el consejo á la congoja.
Irme y dejarla, es bajeza,
y mas, habiendo ella propia
venido á darme la vida;
declararme, es accion loca.
Si á darme la libertad
has venido, ó Celia hermosa,
como eres tú misma, cómo
la que me la quita ahora?
en quién hallaré consuelo?
mas á una persona sola
me puedo fiar; Beatriz,
en quien mi pena amorosa
halló favor, ó le hallaron
mis dádivas generosas
valerla podrá, que en fin
cualquier mujer es piadosa,
y de la que está afligida
el mejor médico es otra:
yerre ó acierte, á ella quiero
declararme, que aunque ponga
á riesgo todo el secreto,
á qué mas riesgo, que ahora,
puede estar entonces? haga
leal á mi pena traidora:
este medio elijo, pues
no me dan otro que escoja;
y pues aclarando el dia
viene en brazos de la aurora,
á buscar voy un remedio;
ya vuelvo, Celia, perdona.
(*Déjala sentada, váse y vuelve ella en sí.*)

ESCENA II.

CELIA.

Ay de mí! mi propio aliento
es el que hoy mas me ahoga;
pues aun para respirar,
le niega al pecho la boca:
sin vida estoy, y con alma
toda viva, y muerta toda,
á quien dieron sus desdichas
en aire á beber ponzoña?
César, si acaso: qué es esto?
fuera del tabique, y sola
estoy, sin hablar con nadie,
que me escuche y me responda:
César? César? me ha dejado,
háse ido, es cierta cosa;
pues él de aqui no saliera
con tal riesgo su persona,
sino para irse: qué dudan
mis desdichas, ó qué ignoran?
pues dos veces serán ciertas
por ser desdichas, y propias.
Ay ingrato, que primero,
que á mí, tú en salvo te pongas,
qué he de hacer? si hablo á Lisarda,
estando de mí zelosa,
es error: si á D. Juan hablo,
siendo D. Juan quien hoy toma
á cargo el honor de Felix,
es aventurarme loca:
solo á D. Diego pudiera
decir menos temerosa
todo el suceso, que al fin
es noble, y solo á la sombra
de las canas el honor
seguramente reposa.
Esto es, si no lo mejor,
lo menos malo, aunque ahora

ejecutarse no pueda;
porque ya una puerta, y otra
de Lisarda, y de D. Juan
abren, otra vez me esconda
este sepulcro; que yo
al rigor de mis congojas,
como gusano de seda,
fabriqué para mí propia.
(*Entrase en la escalera.*)

ESCENA III.

LISARDA, BEATRIZ, D. JUAN *y* CASTAÑO *por las puertas de los lados.*

LISARDA. Mira si está ya vestido
mi padre: triste cuidado!
JUAN. Mira si está levantado
D. Diego: pierdo el sentido!
BEATRIZ. En su aposento hay ruido.
CASTAÑO. Ruido en su aposento oí.
LISARDA. Contaréle lo que ví.
JUAN. Sin declarle por qué,
licencia le pediré.
LISARDA. Es D. Juan?
JUAN. Lisarda?
LISARDA. Sí.
JUAN. Qué es esto? tan desvelada
te tiene aquel embozado?
LISARDA. Tan necio á ti te ha dejado
aquella dama tapada?
JUAN. Que á estas horas levantada
estás?
LISARDA. Qué me hables así?
JUAN. Yo digo lo que yo ví.
LISARDA. Yo digo lo que ví yo.
JUAN. Y eso no es mentira?
LISARDA. No,
pero esotro es verdad?
JUAN. Sí.
LISARDA. Mira no me hagas, D. Juan,

perder el juicio, por Dios.

JUAN. Perderémosle los dos,
si en eso tus cosas dan.

LISARDA. Pues que presentes estan
solo los que han entendido
todo lo que ha sucedido,
hablemos con mas acuerdo.

JUAN. Cómo he de hablar, cuando pierdo
de imaginarlo el sentido?

LISARDA. Pues qué viste?

JUAN. Un hombre ví,
que deste cuarto salia,
y con una llave abria.

LISARDA. Pues escucha ahora.

JUAN. Dí.

LISARDA. Si ayer, D. Juan, vine aqui,
qué tiempo tuve, D. Juan,
para dar á ese galan
llave del cuarto? no vés
cuanto mejor pensar es,
que son ladrones, que estan
mas hechos á esos escesos?

JUAN. No son en las ocasiones
tan valientes los ladrones.

LISARDA. Valientes hacen sucesos,
y ayuda tambien á esos
discursos haber habido
un hurto, si ya no ha sido,
que quieres decir tambien,
que mi galan era quien
hurtó á Beatriz el vestido.

BEATRIZ. Y nuevo.

LISARDA. Mas fundamento
hubiera en lo que ví aqui.

JUAN. Qué viste?

LISARDA. Una mujer ví
recogida en tu aposento.

JUAN. Fuera tal mi atrevimiento,
que yo á tu casa trajera
mujer la noche primera
que era huésped?

LISARDA. Quien le tiene

tal, que á media noche viene,
tenerle en todo pudiera.

JUAN. Si de una á otra queja pasa,
ambas las he de amparar:
qué habia de ir á buscar,
si estaba mi dama en casa?
Luego en suerte tan escasa,
bien claro te da á entender
el que yo tuve que hacer
otra cosa, ó que no ha sido
mi dama la que he escondido,
pues que fuera la iba á ver,
sino soy tan infeliz,
y tengo tan mala fama,
que presumas, que mi dama
le hurtó el vestido á Beatriz.

BEATRIZ. Y sin ponerle.

LISARDA. Un matiz
viste con igual porfia
tu queja y la mia este dia,
porque haya quien arguya,
para creida la tuya,
para dudada la mia.

JUAN. Porque no tiene en la ira
tan grande facilidad
el decir una verdad,
como oir una mentira:
fuera de que si se mira
igual la queja al dolor,
aun en lo igual es mayor
la mia, apurar es justo,
que la tuya toca al gusto,
Lisarda, y la mia al honor.

LISARDA. Bien sabe mi vanidad,
que de tal hombre no sé.

JUAN. Verdad cuanto dije fue.

LISARDA. Será de otra calidad
tu verdad de mi verdad.

JUAN. Sí, que en mí duda el honor.

LISARDA. En mí acredita el valor.

JUAN. Yo sé que un hombre he encontrado.

LISARDA. Yo que una tapada he hallado.

ESCENA IV.

DICHOS, D. DIEGO.

DIEGO. Qué es esto?
LOS DOS. Nada, señor.
DIEGO. Tan presto los dos, ay Dios!
levantados? D. Juan, pues
tan mal hospedage es
esta casa para vos,
y aun para tí, que los dos
estais á esta hora vestidos?
JUAN. Disimulen mis sentidos: (*Ap.*)
no miras que desvelados
mal amorosos cuidados
consienten ojos dormidos?
LISARDA. Si á mí me estuviera bien,
la misma respuesta diera.
JUAN. O quien creerla pudiera!
LISARDA. O quien no dudarla, quien!
DIEGO. La disculpa está muy bien
fundada; y porque veais
si en obligacion me estais,
para sacar madrugué
una licencia, con que
hoy desposaros podais,
de las amonestaciones
supliendo la dilacion.
JUAN. Yo estimo, como es razon,
las muchas obligaciones
en que cada dia me pones;
pero basta haber traido
la dispensa, que ha suplido
el parentesco, y no es bien
hacer dispensar tambien
el tiempo que.
LISARDA. Y yo te pido,
que lo dilates, señor,
todo cuanto tú pudieres.
DIEGO. Si esto pides, y esto quieres,

aun nunca será mejor;
pero paréceme error
madrugar para tan vana,
tan inútil, tan liviana
pretension; y en fin, si no
quereis hoy casaros, yo
quizá no querré mañana.

JUAN. Yo, señor, siempre.

LISARDA. Ay de mi!

JUAN. Me tendré por muy dichoso
en ser de mi prima esposo,
escusarte pretendí
nuevos cuidados; y así.

DIEGO. Claro está, que no habrá sido
otra la causa que ha habido,
porque, aqui para los dos; (*Ap.*)
ni me la dijerais vos,
no, ni yo la hubiera oido. (*Vase.*)

ESCENA V.

LISARDA, D. JUAN *y* BEATRIZ.

LISARDA. Bien ves cuan nécio has estado.

JUAN. Has tu acaso, por tu vida,
estado mas entendida?

LISARDA. Sí, pues he disimulado
tanta parte á mi cuidado.

JUAN. Yo no sé disimular
á mi costa mi pesar,
y hasta que sepa despues
quien el embozado es,
no me tengo de casar. (*Vase.*)

ESCENA VI.

LISARDA *y* BEATRIZ.

LISARDA. Cielos, habrá sufrimiento
para tanta sinrazon?
sospechas en mi opinion?

en mi fe deslucimiento?
cuando mi honor siempre atento
á su vanidad ha sido
risco del mar combatido,
roble del viento azotado,
donde uno y otro cuidado
se quedaron con el ruido.

BEATRIZ. Sentir, señora, es error,
las cosas con tanto estremo.

LISARDA. A nadie mas, que á mí, temo.

BEATRIZ. Entra en este tocador
á aderezarte, es mejor,
que ya de ir á misa es hora.

LISARDA. Poco gusto tengo ahora
de tocarme; asi me iré;
dame tú el manto, porque
no he de ir tarde asi.

BEATRIZ. Señora,
el manto está aqui, que yo
limpiándole ahora estaba.

LISARDA. Pónle, y ponte el tuyo, acaba,
y llama á Otañez. Quien vió
mas pesares? En mí halló
entrada indicio tan grave!
mas ay, que no hay quien se alabe
de que se libró á esta ofensa,
donde es vicio que se piensa
mas, que virtud que se sabe.
Hombre en mi casa escondido
qué pudo dar tal cuidado?

ESCENA VII.

D. CESAR *y* LISARDA, *que se sienta en una silla y queda suspensa*

CESAR. Ocasion de hablar no he hallado
á Beatriz; pero harto ha sido
no ser de nadie sentido,
y vuelvo, ay Dios! porque no
á Celia, que aqui quedó
desmayada, hallen aqui:

todovía estás asi,
mi bien?

LISARDA. Quién me habla asi?
CESAR. Yo.
LISARDA. Pues tú, D. César?
CESAR. Qué azar!
LISARDA. En mi casa?
CESAR. Qué temor!
LISARDA. Tú en mi cuarto?
CESAR. Qué rigor!
LISARDA. Responde.
CESAR. No acierto á hablar,
porque helado...
LISARDA. Qué pesar!
CESAR. El labio.
LISARDA. Qué sinrazon!
CESAR. Enmudece.
LISARDA. Qué traicion!
CESAR. Y al verte.
LISARDA. Qué atrevimiento!
CESAR. Le falta aliento al aliento,
y razon á la razon.
LISARDA. Cómo, dí, el rostro encubierto
tuviste, ay cielos! tuviste
cuando la vida me diste,
y no ahora que me has muerto?
Erradas, César, advierto
tus acciones, por indicios
de trocados ejercicios;
pues hacen tu voz, tus labios
cara á cara los agravios,
pero no los beneficios.
Si cuando mas me adoraste,
de mí mas dejado fuiste;
si del todo me perdiste,
cuando á mi hermano mataste:
baste ya, D. César, baste
la porfia, que esta fue
tu estrella, ya me casé,
ya no te queda esperanza:
si no vienes por venganza,
dí, por qué vienes? por qué?

Hable tu temeridad.

CESAR. Cómo la he de responder? (*Ap.*)
pues cuando yo quiera hacer
virtud la necesidad,
echando á su voluntad
la culpa, para moverla;
Celia, pues no llego á verla,
cobrada al desmayo, está
sin duda, oyéndome ya:
ó que tirana es mi estrella!

LISARDA. Qué dices?

CESAR. Si yo supiera
decir á lo que he venido,
mi discurso enmudecido,
qué buen retórico fuera!
solamente considera,
pues que yo mismo lo ignoro,
pues no lo digo, y lo lloro,
que vendré en mal tan severo,
ó á vivir con lo que quiero,
ó á morir con lo que adoro.
Si está en esta casa el bien
que yo adoré, y yo perdí.

LISARDA. César, no me hables asi,
que ya no es justo ni es bien:
cobarde la voz deten,
y dime si anoche fuiste
el que á esta casa veniste
á darme la muerte?

CESAR. No.

LISARDA. Pues déte dos vidas yo,
por una que tú me diste:
véte ya de aqui, porque
si mi padre, ó si mi primo,
á quien como esposo estimo,
ya uno, ó ya otro te ve,
es fuerza que yo les dé
satisfa ccion.

CESAR. Qué esto haya! (*Ap.*)
parad desdichas, á raya.

LISARDA. Vete antes que á verte lleguen.

CESAR. Quien crerá que ya me rueguen

que me vaya, y no me vaya?
pues no he de dejar en tal (*Ap.*)
peligro á Celia.

ESCENA VIII.

DICHOS, BEATRIZ, *alborotada.*

BEATRIZ. Ay señora,
esto tenemos ahora?
LISARDA. Qué hay Beatriz, es otro mal?
BEATRIZ. Pendencia hay en el portal,
y en las voces y el rumor
es...
LISARDA. Quién?
BEATRIZ. D. Juan, mi señor,
con un hombre que ha encontrado
en la calle.
CESAR. Mi cuidado (*Ap.*)
siempre viene á ser mayor.
LISARDA. Ay de mí! si ve salir
de aqui á D. César D. Juan,
á evidencias pasarán
sus sospechas: pues decir
que él se ha atrevido á venir,
sin mí, á estar aqui conmigo
haciendo á mi honor testigo
otra sospecha es cruel,
pues no se viniera él
en casa de su enemigo
á no tener ocasion
mayor, que á esto le obligára.
CESAR. Déjame salir.
LISARDA. Repara
que estoy en gran confusion,
mi opinion por mi opinion
hoy aventurar intento,
llévale tú á tu aposento.
CESAR. Mas seguro aqui estaré,
déjame aqui.
LISARDA. Para qué?

que esto es público á mi intento

CESAR. Si le descubro el secreto, (*Ap.*)
no sé despues lo que hará
por librarse; y pues está
libre Celia de este aprieto,
callarle quiero en efecto.

BEATRIZ. Ya sube por la escalera
D. Juan con otros.

LISARDA. Qué espera
tu vida? escóndete, pues,
por mi honor, hasta despues.

CESAR. Solo por tu honor lo hiciera.
(*Vase con Beatriz.*)

ESCENA IX.

OTAÑEZ, CASTAÑO *que traen agarrado á* MOSQUITO, D. JUAN.

JUAN. Traedle los dos desa suerte,
hasta que en este aposento
diga donde está su amo.

MOSQ. Séame testigo el cielo
de que se ha hecho justicia;
sin vara y sin mandamiento,
cómo me pueden prender
vuesas mercedes?

LISARDA. Qué es esto?

MOSQ. Dos alguaciles, señora,
porfian, á lo que entiendo,
por no decir que hacen punta,
pues á estocadas me han muerto,
en traerme aqui, sin saber
por qué.

LISARDA. Ay de mí! ya sospecho (*Ap.*)
la causa: aqueste es criado
de César, cuando aqui dentro
entró, se quedó en la calle,
adonde le conocieron.

JUAN. Yo te diré lo que ha sido:
este hombre que traemos
es de D. César criado.

LISARDA. Bien discurrí yo en lo cierto.
JUAN. Pasaba por esta calle
mirando, y reconociendo
esta casa; y es sin duda
que estando aqui de secreto
César, y habiendo sabido
que yo le busco resuelto,
envia á saber mi casa
para matarme, y yo quiero
que este criado me diga
donde está su amo.
LISARDA. Hoy muero, (*Ap.*)
si él lo dice.
JUAN. Porque yo
madrugue, y mate primero:
metile en este portal,
donde amenazas y ruegos,
no han torcido su lealtad;
y asi, por fuerza pretendo
que me lo diga, pues hoy
he de matarle, si luego
no dice donde está César.
MOSQ. Yo lo dijera bien presto, (*Ap.*)
si no me hubieran traido
donde él mismo me está oyendo.
JUAN. Dónde está tu amo? dilo.
MOSQ. Si diré.
LISARDA. Válgame el cielo!
hoy acabará mi vida,
si dice que está aqui dentro.
MOSQ. No está muy lejos de aqui,
y es verdad.
LISARDA. Ay de mí! (*Ap.*)
JUAN. Ea, presto;
dilo, pues.
MOSQ. En Portugal
entretenido le dejo
en ver unos solijones,
que le dan mucho contento.
JUAN. Si yo sé que está en Madrid,
y que ha venido encubierto
tres dias há, que se apeó

en una posada, y luego
sé que Celia está con él,
cómo solicitas, nécio,
encubrirlo?

MOSQ. Pues hay mas
de que me den un tormento?
Quien querrá hacerse verdugo,
ya que lo demas se han hecho,
sin mas títulos?

JUAN. Yo sé
lo que se ha de hacer en esto;
palabra á Felix he dado,
que en público, ni en secreto
no haré diligencia alguna,
sin darle cuenta primero,
como mas interesado
en la venganza que emprendo:
y asi me importa avisarle
de que á este criado tengo
en mi poder; y entretanto
que aqui con D. Felix vuelvo,
que en un coche será fácil,
quedará en este aposento,
ó retrete, que al fin es
mas recogido y secreto,
pues que solo tiene paso
á mi cuarto; y asi cierro,
porque hasta hablar á mi amigo,
el lance apurar no puedo.

LISARDA. Quiera el cielo que se vaya, (*Ap.*)
porque pueda en este tiempo
echar á César de casa:
D. Juan, en todo obedezco.

JUAN. Dejadle solo los dos,
y á que nadie salga atentos,
no os quiteis de ese portal.

CASTAÑO. En él, señor, estaremos;
para que ninguno entre,
ni el bergante salga.

MOSQ. Quedo,
que prender pueden ustedes,
mas no hablar mal, caballeros.

JUAN. Que si la verdad no dices,
morirás; solo te dejo
á que pienses lo mejor,
aconséjate á ti mesmo.
ó el secreto descubrir,
ó dar la vida á este acero.
(*Vanse todos cerrando la puerta.*)

ESCENA X.

MOSQ.

Dar á este acero la vida
ó descubrir el secreto,
y aconséjate contigo:
aqueste es, viven los cielos,
un lance muy apretado;
pero qué dudo, ni temo
si la cárcel donde estoy
es la misma que le dieron
á mi amo sus desdichas,
y que él lo sabe ya es cierto;
pues esperando estará
la diligencia que dejo
hecha para aventurarse
á salir, llamarle quiero:
ha de la escalera? bien
puedes salir sin recelo,
que yo solo estoy aqui,
porque no es nadie mi miedo.

ESCENA XI.

DICHO, CELIA, *tapada.*

CELIA. Fuerza es abrir, porque no
dé mas golpes este nécio,
y porque razon me falta.
MOSQ. Señor, pues qué ha sido esto?
has hurtado otro vestido

para salir encubierto
como yo? has hecho muy bien,
que vive aqui un señor viejo,
que anda sacando mujeres
con grandísimo respeto,
ni una mano me tendió;
pero las burlas dejemos,
has sabido lo que pasa?
habla, vive Dios, qué es esto?

CELIA. Ay de mí!

MOSQ. La voz tambien
has hurtado, á lo que entiendo,
con el vestido; has estado
acaso en muda este tiempo?
porque yo te dejé bajo,
y tiple, señor, te encuentro:
mas cuanto va que Lisarda,
agradecida á aquel tiempo
que la quisiste, te ha dado.

CELIA. Calla, que aqueso me ha muerto.

MOSQ. Santo Dios, mujer es esta!
yo mil veces he oido un cuento
de una monja, á quien salió
una escupidura, haciendo
una fuerza, y que de monja
quedó monge en un momento:
pero de un galan hacerse
una dama, no me acuerdo
haberlo visto en mi vida.

CELIA. Calla, sino quieres, necio,
que te de muerte mi rabia.

MOSQ. Celia?

CELIA. Sí.

MOSQ. Pues qué es aquesto?

CELIA. Es haber venido á ver,
de mi honor, y vida al riesgo
la mayor traicion de un hombre;
harto así te lo encarezco.
César, á quien vine á dar
la vida, en pago me ha muerto,
que sabiendo que yo estaba
en tan riguroso aprieto,

me dejó, por declararse
con Lisarda, donde, ay cielos!
le oí decir, que era su amor
el que le trajo á este puesto:
salir quise, cuando oí
las gentes que te trajeron,
y disimulé, á pesar
de mi amor y de mis zelos,
hasta que tú me llamaste.

MOSQ. Y mi amo?

CELIA. Estará á este tiempo
dando quejas á Lisarda.

MOSQ. De qué?

CELIA. De su casamiento:
mas porque no se dilaten
los inconvenientes nuestros,
he de decir la verdad
á voces, porque con esto,
desengañado D. Juan
de sus bien fundados zelos,
y asegurada Lisarda
los mire César mas presto.

MOSQ. Ahora de zelos te acuerdas,
ni de amor? cuando tenemos
mas cosas á que acudir
que agentes con muchos pleitos?

CELIA. Pues dime tú, como fue
el venir tú aquí?

MOSQ. Encubierto
salí de aquí, á D. Rodrigo,
de César amigo, y deudo,
avisé de todo el caso,
porque viniese resuelto
á guardarle las espaldas
esta noche; él para hacerlo,
me dijo, que le enseñase
la casa en que estaba, pero
que no pasásemos juntos
por ella los dos; con esto
venimos por las dos ceras,
y yo quedémela viendo,
porque él reparára en ella;

pasó adelante: á este tiempo
D. Juan venia á su casa,
conocióme, y muy soberbio
en su portal me metió;
negar quise, y en efecto,
él, y todos sus criados
á esta parte me trajeron,
donde pensé que él estaba
todavía, y donde al juego
desta escalera he jugado,
mete ruin, y saca bueno.

CELIA. Y qué hemos de hacer ahora
los dos aqui?

MOSQ. Qué sé de eso!

CELIA. Antes que mi hermano venga,
llamar á esta puerta quiero,
y descubrirme á Lisarda
de una vez, porque D. Diego
en casa no está á estas horas,
que Lisarda, por lo menos,
es mujer noble, y será
piadosa.

MOSQ. Y es lo mas cierto.

(*Llama Celia á la puerta, y responde Beatriz.*)

BEATRIZ. Mosquito, no puedo abrirte,
sabe Dios si lo deseo,
porque se llevó D. Juan
la llave; mas lo que puedo
asegurarte, es, que César,
que ahora está en mi aposento
con mi ama hablando, no quiere
irse, dejándote dentro.

MOSQ. Esta es Beatriz, la criada
de Lisarda.

CELIA. Nada, cielos,
he de escuchar, y he de ver,
que no sea otro tormento?

MOSQ. Mira si puedes abrirme.

BEATRIZ. Ya te he dicho que no puedo;
mucho me pesa de verte
en tan riguroso aprieto,
pero no puedo llorar.

MOSQ. Y yo, pícara, lo creo,
porque yo soy un pobrete,
á quien de lástima un tiempo
quisiste.

BEATRIZ. A eso respondiera,
pero no me toca hacerlo
á quien encerrado garla.

CELIA. Cerró el paso á mi remedio
llevarse D. Juan la llave,
y abrióle á mi sentimiento.

BEATRIZ. Encomiéndate, Mosquito,
á Dios, que D. Juan ha vuelto
con aquel amigo suyo
que le buscó anoche.

CELIA. Cielos,
mi hermano es.

MOSQ. Aquí, señora,
lo mejor es escondernos;
vivamos un rato mas
mientras buscan el secreto.

CELIA. Dices bien: mas ay de mí!
que tropezando, y cayendo
voy.

MOSQ. Cerraré yo la trampa;
pues que no llegas á tiempo.

CELIA. Hombre ruin, en fin.

(*Cae Celia, entrase Mosquito, dejándola fuera.*)

ESCENA XII.

CELIA, D. JUAN *y* D. FELIX.

JUAN. Aquí,
como os he dicho, le tengo
encerrado.

FELIX. Pues cerrad
la puerta ahora por dentro,
y quedémonos con él
solos, que viven los cielos,
que ha de decir de su amo,
ó hemos de dejarle muerto.

JUAN. Ya veis el riesgo en que estais,
hidalgo: pero qué es esto?
donde un criado dejé,
tapada una dama encuentro?

FELIX. No me dijisteis, que estaba
cerrado en un aposento
el criado, y que no habia
por donde salir?

JUAN. Y es cierto.

FELIX. No mucho, pues él se ha ido,
y una dama es la que vemos.

JUAN. Vive el cielo, que la llave
llevé conmigo.

FELIX. Apuremos
de una vez el desengaño.

(*D. Felix se queda junto á la puerta y llega D. Juan á hablar á Celia.*)

JUAN. Señora, aunque es el respeto
alma de un noble, tal vez
rompe á las leyes el fuero
la necesidad.

CELIA. Ay triste! (*Ap.*)

JUAN. Hoy es fuerza conoceros,
saber cómo estais aqui,
con que fin, ó con que intento,
que me costais dos pesares
ya, si sois la que sospecho,
y he de saber de un criado,
que aqui quedó, qué se ha hecho,
cómo se fue, y vos entrasteis:
descubrios, ó grosero
me hareis ser con vos.

CELIA. Huir
ya no puedo; deteneos,
señor D. Juan, y advertid,
que me debeis mas respeto
por quien sois, y por quien soy.

JUAN. No os conozco, ni os entiendo:
quién sois? cómo estais aquí?
dónde el criado? qué es esto?

CELIA. Tres cosas me preguntais,
y á dos he de responderos:

Yo he venido á buscaros,
D. Juan, porque me importa mucho hablaros:
entrando en esta casa, ví que habia
en este cuarto un hombre, y dél salia:
presumiendo que fuera algun criado
vuestro le pregunté por vos; turbado
me dijo el tal: aqui vendrá al momento:
si le habeis de esperar, á este aposento
entrad; dejóme en él, y por de fuera
volvió á cerrar la puerta; de manera,
que la llave, que él tuvo, acaso ha sido
causa de quedar yo, y haberse él ido;
con que respuesta he dado
al como estoy aquí, y él ha faltado:
quien soy, y á lo que vengo,
no lo puedo decir.

JUAN. Pues de eso tengo
mas deseo, y es tanto,
que no he de ir á buscarle, aunque he sabido.
que de casa no puede haber salido;
y así, quitad el manto
del rostro.

CELIA. Ved, D. Juan...

JUAN. Quitad el velo.

(*Descúbrese Celia.*)

CELIA. Lo que haceis, que soy yo.

JUAN. Válgame el cielo!

CELIA. Para haceros hoy dueño
de mi honor os busqué; de aqueste empeño
me sacad, que ya veis que si he venido
aqui, solo en confianza vuestra ha sido,
nada deciros quiero.
mi hermano es, mujer yo, y vos caballero.

JUAN. Cielos, en qué me miro!

FELIX. Nuevo semblante ya en D. Juan admiro;
quien será esta embozada,
que le asombra tapada y destapada?

JUAN. Qué debo yo hacer aqui (*Ap.*)
en tan fiera, en tan tirana
ocasion como me ví?
Celia, de Felix hermana,
viene á valerse de mí;

Felix, buscando á un traidor,
para alentar con valor
su venganza, y mi venganza,
puso en mí la confianza
de su vida, y de su honor.

FELIX. Grande confusion ha sido
la que hoy en vos ha infundido
esa dama.

JUAN. Sí lo es,
y tan grande, que despues
de haberla vos prevenido,
la habeis de hallar, os prometo,
mayor que la imaginais,
porque no cabe en concepto
humano lo que mirais,
que solo cabe en su efecto.

FELIX. Pueda yo, D. Juan, tener
parte en tal pena, por ver
si en ella os puedo servir.

JUAN. Ni yo os lo puedo decir,
ni vos lo podeis saber.

FELIX. No soy vuestro amigo?

JUAN. Sí.

FELIX. Y no soy noble?

JUAN. Tambien.

FELIX. Pues fiaos, D. Juan, de mí.

CELIA. D. Juan, mirad que no es bien
que yo... (*Ap. á él.*)

DIEGO. (*Dentro.*) Abrid, D. Juan, aqui.

JUAN. Este es D. Diego.

DIEGO. Abrid, pues.

JUAN. Fuerza es preguntar quien es
esta dama; y si la mira
Lisarda, hará su mentira
verdad; con esto despues,
si satisfacerla quiero
con decir quien es; (hoy muero,
que está su hermano delante)
seré, per ser buen amante,
ahora mal caballero.
Y así, nadie la ha de ver:
D. Felix, esta mujer

he de encubrir de Lisarda,
que este aposento la guarda
á nadie deis á entender:
entraos, mi señora, ahí.

CELIA. Duélase el cielo de mí.

(Entrase Celia.)

FELIX. Quéreis que entre
á estarme yo con ella?

JUAN. No, por Dios, no,
D. Felix.

DIEGO. No abrís aquí?

JUAN. Ya está abierto.

ESCENA XIII.

DICHOS, D. DIEGO, *y* CRIADOS.

DIEGO. Qué es aquesto.
D. Juan? qué todavia andas
lleno de locos discursos?
de imaginaciones varias?
dónde está aqueste criado?

JUAN. Señor, cuando le buscaba
aqui, se habia ya salido
con alguna llave falsa.

DIEGO. Tú te disculpas con eso,
por no empeñarme á mí en nada;
y haces mal, porque de nadie
puedes fiarte con tanta
satisfaccion: perdonad,
caballero, que aunque haya
de fiarse de vos D. Juan,
puedo con tal confianza
hablar.

FELIX. Podeis con razon,
y nadie verdad tan clara
negará, pero el buscarme
D. Juan es por otras causas,
que á mí en hallar á D. César
tambien hoy, señor, me alcanzan.

DIEGO. Pues decid, qué habeis sabido
los dos, que ya es escusada
diligencia aqui encubrirme
el criado.

JUAN. Si mi palabra
te doy de que cuando entré
á buscarle, aqui no estaba.

DIEGO. Cómo, si aquesos criados
nunca de la puerta faltan,
pudo salir? Id á ver
si se oculta dentro en casa
por esa puerta, y nosotros
por esotra.

(*Vanse los Criados.*)

FELIX. Tente.

JUAN. Aguarda.

ESCENA XIV.

DICHOS, LISARDA, *y* BEATRIZ.

LISARDA. En fin, no quiere salir?

BEATRIZ. No, señora, porque estaban
los criados á la puerta
con mil prevenciones, y armas.

LISARDA. O permita la fortuna,
que bien deste empeño salga:
si así teme una inocente,
cómo teme una culpada?

DIEGO. Vive Dios, que he de ser yo
aqui el primero que haga
diligencias de saber.

JUAN. Quién dice que no las hagas?
mas ya este cuarto está visto,
miremos toda la casa.

LISARDA. Mirar la casa? ay de mí!

DIEGO. Sin duda, á saber alcanza (*Ap.*)
algo, apuremos el caso:
señor, tú das voces tantas?

DIEGO. A qué has venido tú aquí?

LISARDA. A ver que es esto en que andas.
DIEGO. En busca de un hombre.
LISARDA. Ay cielos! (*Ap.*)
DIEGO. Y este aposento me guardan
mas que todos, y he de verle.
JUAN. No has de entrar aqui.
FELIX. Repara,
que....
DIEGO. Los dos me lo estorbais,
por conseguir la venganza
sin mí: apartaos, por Dios;
qué resistencia tan vana!
Quién está aquí?

ESCENA XV.

DICHOS, CELIA.

CELIA. Una mujer
infeliz, y desdichada:
aquí, cielos soberanos,
echó el resto mi desgracia.
FELIX. Muriendo estoy, por saber
quien es aquesta tapada.
DIEGO. Por cierto, señor D. Juan,
que no os merece mi casa
tan poco respeto, como
guardais en ella á Lisarda:
una mujercilla dentro
de su cuarto, enhoramala,
harto Madrid no teneis?
JUAN. Yo mujer? señor, repara.
LISARDA. Mira, D. Juan, si fué todo
cuanto dije verdad clara?
Tú no has visto, por lo menos,
en vano se alienta el alma (*Ap.*)
al Escondido que dices,
y yo he visto la Tapada.
JUAN. Ni hablar puedo, ni callar.
LISARDA. Señora, el embozo basta,

que he de saber quien me hace
este pesar en mi casa.

JUAN. Pues no lo perdamos todo;
tente, que no has de mirarla.

LISARDA. Tú la defiendes?

JUAN. Es fuerza.

CELIA. Hay mujer mas desgraciada!

CASTAÑO. (*Dentro.*) Toma esa puerta, porque
por ella, Otañez, no salga.

CESAR. (*Dentro.*) Sí saldré.

JUAN. Qué ruido es este
en el cuarto de Lisarda?

DIEGO. Con un empeño se olvida
otro, segun los que andan.

ESCENA XVI.

DICHOS *y* OTAÑEZ.

OTAÑEZ. Señor, el hombre que buscas
hallamos; sacó la espada,
para hacer paso con ella
por donde á la calle salga.

ESCENA XVII.

DICHOS *y* D. CESAR, *cubierto el rostro con la capa, y la espada desnuda.*

DIEGO. Dime, es aqueste, D. Juan,
el criado que buscabas?

JUAN. No, señor, otro hombre es este,
bien el talle, el brio, las galas
dan á entender, que no es el
que encerrado quedó en casa.

CELIA. Este es D. César: señor,
mi vida, y la tuya ampara.

DIEGO. Hombre, que de tanto honor

la reputacion agravias,
quién eres?

CESAR. Un hombre soy.

DIEGO. Quita del rostro la capa.

CESAR. No puedo, porque encubierto
sin que me veas la cara,
me has de dar la muerte aquí,
en la defensa bizarra
desta mujer; ella, y yo
habemos de aquesta casa
de salir, si con mi muerte
mis intentos no se atajan.

DIEGO. Qué mujer?

CESAR. Esta mujer,
que yo no digo Lisarda,
ni la conozco, ni sé
quien es: y si esto no basta
para que segura quede,
habré de llevarme á entrambas.

DIEGO. Hombre, demonio, ó quién eres
aunque en algo satisfagas
esta sospecha, conviene,
para que quede asentada,
el que sepamos quién eres.

CESAR. Aquesa es pretension vana
por ahora.

JUAN. Tambien lo es
que sea tal tu arrogancia,
que pienses que entre nosotros
te has de llevar esa dama,
sin que sepamos por qué,
y cómo en aquesta casa
estais tú y ella.

CESAR. No puedo
decirlo.

FELIX. Pues las espadas
harán bocas en tu pecho,
por donde la verdad salga. (*Disparan dentro.*)

LISARDA. Qué pistola es esta, cielos?
aun los sustos no se acaban?

CESAR. Esta es la seña que espero.

DIEGO. Ninguno hallá fuera salga:

deteneos, caballeros:
hombre, yo te doy palabra
de ampararte, y de valerte
si de estas dudas me sacas.

CESAR. Dásme esa palabra?

DIEGO. Sí.

CESAR. D. César soy; qué os espanta!

DIEGO. Tú diste muerte á mi hijo?

FELIX. Tú me robaste á mi hermana?

JUAN. Tú en casa estás de mi prima?

CESAR. Sí, pero á ninguno agravia
mi valor: si á D. Alfonso
di muerte, fué cara á cara;
riñendo solo con él:
si en casa estoy de Lisarda,
es, porque me dejó Celia
oculto en aquesta sala:
y si esto de Celia digo,
es porque no importa nada
que casado estoy con ella,
que es esta misma Tapada:
y si estas satisfacciones
para tus quejas no bastan,
yo he de salir, que ya tengo
quien me guarde las espaldas,
que esa pistola es la seña
de la gente que me aguarda.

FELIX. Cuando no hubiera ninguno,
César, yo solo bastara,
que siendo mi hermano ya,
es obligacion hidalga.

JUAN. Yo soy, D. Félix, tu amigo,
mas de D. Diego mi espada.

DIEGO. Yo la palabra le dí,
y he de cumplir mi palabra:
mas decid, dónde estuvísteis
escondido en esta casa?

ESCENA XVIII.

DICHOS *y* MOSQUITO, *Saliendo de la escalera.*

MOSQ. Eso yo lo he de decir,
aquí estuvo.
DIEGO. Cosa estraña!
BEATRIZ. Hurtásteme tú el vestido?
MOSQ. Y el azafate y las cajas.
DIEGO. Daros la muerte pudiera;
pero fuera accion villana:
yo os perdono, si de Celia
acudís noble á la fama.
CESAR. Mi esposa es.
CELIA. Gracias al cielo!
JUAN. Perdon te pido Lisarda
por mis zelos.
DIEGO. Ambas bodas
celebraránse en mi casa.
BEATRIZ. Y mi vestido?
MOSQ. Guardado.
BEATRIZ. Me lo dareis?
MOSQ. Luego, calla.
LISARDA. Pues dichoso fin tuvieron
al cabo congojas tantas,
no por nosotros, tan solo
por Calderon de la Barca
un aplauso piden el
Escondido y la Tapada.

FIN DEL ACTO TERCERO.

PUNTOS DE SUSCRICION Y VENTA.

Madrid: ***librerias de Cuesta, Matute, Publicidad, Monier y Villaverde.***

PROVINCIAS.

Albacete.	Serna.
Alcoy.	Martí é hijos.
Algeciras.	Muro.
Alicante.	Ibarra.
Almeria.	Vergara y Compañia.
Aranjuez.	Sainz.
Avila.	Gayoso.
Badajoz.	V. Carrillo.
Barcelona.	Sauri.
Barcelona.	Oliva.
Bilbao.	Astuy.
Burgos.	Hervias.
Cáceres.	Valiente.
Cadiz.	Moraleda.
Córdoba.	L. de la Torre.
Cuenca.	Mariana.
Castellon.	G. Otero.
Ciudad-Real.	Gonzalez.
Coruña.	Perez.
Carmona.	Moreno.
Cartagena.	Moreno.
Ferrol.	Tajonera.
Gerona.	Palahi.
Gijon.	Ezcurdia.
Granada.	Zamora.
Guadalajara.	Perez.
Haro.	Quintana.
Huelva.	Osorno.
Huesca.	Guillen.
Jaen.	Sagristá.
Jerez.	Bueno.
Leon.	Parcero.
Leon.	Viuda de Miñon.
Lérida.	Sol.
Lugo.	Pujol y Masía.
Lorca.	Delgado.
Logroño.	Verdejo.
Loja.	Cano.
Málaga.	Moya.
Murcia.	Adrion.
Moron.	Gil y Montes.
Mérida.	Arauna.
Manzanares.	Gomez Pardo.
Mondoñedo.	Delgado.
Medina del Campo.	Velayo.
Orense.	Novoa.
Oviedo.	C. Fernandez.
Osuna.	Montero.
Palencia.	Gutierrez é hijos.
Palma.	Rullan-Hermanos.
Pamplona.	Ochoa.
Pontevedra.	Cubeiro.
Puerto de Santa Maria.	Valderrama.
Reus.	Prins.
Ronda.	Moreti.
Sanlucar.	Esper.
S. Fernando.	Meneses.
Sta. Cruz de Tenerife.	Bonnet.
Santander.	Carabantes.
Santiago.	Sanchez y Rua.
Soria.	Rioja.
Segovia.	Alejandro.
San Sebastian.	Garralda.
Sevilla.	Fee é Hidalgo.
Salamanca.	Torres.
Tarragona.	Puygrubi.
Toro.	Tejedor.
Toledo.	Hernandez.
Teruel.	Castillo.
Talavera.	M. Garin.
Valencia.	Bidarte.
Valladolid.	Bassó.
Vitoria.	Ormilugue.
Vigo.	Fernandez Dios.
Zamora.	Pimentel.
Zaragoza.	Gallifa y Coronas.